

La nueva orientación de la U.R.S.S. en materia de seguridad*

MATTHEW EVANGELISTA**

«Los EE.UU. y la U.R.S.S. estudian la posibilidad de aplicar la nueva tecnología a la causa de la seguridad. Si esto llegase a convertirse en realidad, tengo la ilusión de que algún día todos nos veamos libres de la amenaza de la destrucción atómica».

Ronald Reagan. Mensaje de Año Nuevo al pueblo soviético, 1 de enero de 1986 (1).

«Una de las verdades del mundo de hoy es que resulta insensata la búsqueda de mayor seguridad propia a través de nuevas clases de armas. Actualmente, cada paso de la carrera de armamentos aumenta los peligros y los riesgos para ambas partes, y para el conjunto de la humanidad».

Mijaíl Gorbachov. Mensaje de Año Nuevo al pueblo norteamericano, 1 de enero de 1986 (2).

(1) Texto extraído de una copia de la Casa Blanca, publicada en el «New York Times», 2 de enero de 1986, pág. A8.

(2) Texto traducido facilitado por TASS, publicado en el «New York Times», 2 de enero de 1986, pág. A9.

* Este artículo, escrito antes de la Reunión de Reikiavik, ha sido publicado anteriormente en el n.º 4 de 1986 de «World Policy Journal», New York.

** Matthew Evangelista pertenece al Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Michigan, en Ann Arbor, donde enseña Política de la U.R.S.S. y Política Internacional. El autor quiere manifestar su agradecimiento a la Oficina de Investigaciones sobre la Paz y la Seguridad Internacionales (organismo dependiente de la Universidad) por la colaboración prestada durante la redacción del presente artículo, y asimismo a Frank von Hippel y a John D. Tower, por las provechosas observaciones que aportaron.

Desde que Mijaíl Gorbachov rige los destinos de la Unión Soviética, este país ha brindado la posibilidad de celebrar un convenio de desarme, cuya amplitud supera todos los proyectos propuestos en el curso de los veinte años de negociaciones entre las superpotencias. En el decenio de 1970-1979, los tratados S.A.L.T. permitieron fundamentalmente regular de manera cualitativa la carrera de armamentos en curso. Por el contrario, las últimas propuestas soviéticas suponen el desarme verdadero, pues contienen las medidas siguientes: disminución al 50 por ciento de los arsenales estratégicos; retirada de las armas atómicas que la U.R.S.S. y los EE.UU. poseen en Europa; reducción de las fuerzas ordinarias; prohibición de ensayos atómicos de carácter amplio y sujeta verificación; y regulación de la inspección «in situ». Finalmente, hay indicios de otros gratos acontecimientos, como la retirada de las tropas soviéticas de Afganistán. Según manifestó Gorbachov, tal empeño en pos del desarme constituye «la **orientación fundamental (de la U.R.S.S.) en materia de asuntos exteriores para los años venideros**» (3).

Ocurre, en efecto, que un convenio global de las características enunciadas podría ser beneficioso para los intereses de la U.R.S.S. La disminución de las fuerzas atómicas y ordinarias, el alivio de las tensiones y el descenso de las probabilidades de guerra podría influir favorablemente en la seguridad de dicho país y del mundo entero. Por otra parte, si aquella lograra de esta manera rebajar el gasto bélico, ello representaría una contribución importante para los objetivos económicos que se ha fijado Gorbachov, en especial, los ambiciosos índices de crecimiento para los años inmediatos. Incluso, el mismo Gorbachov se podría beneficiar de la consecución del tratado de desarme, pues así podría robustecer su posición en el seno del equipo dirigente de la U.R.S.S. Por otra parte, parecería que los nuevos líderes soviéticos consideran el control de armamento un recurso para mejorar el clima internacional, lo que, a su vez, sentaría las condiciones para concluir convenios de cooperación en otras esferas, como la del comercio. En consecuencia, hay grandes probabilidades que las mencionadas propuestas de control de armamento hechas por Moscú obedezcan a intenciones serias.

Y, sin embargo, parece escasamente probable que Washington esté dispuesto a aceptar el plan de desarme soviético. Desde el principio, el Gobierno de Reagan manifestó una actitud evidentemente hostil al control de armamentos: da fe de ello el abandono de las negociaciones SALT II, la negativa a imitar la moratoria unilateral de ensayos atómicos decretada por la U.R.S.S., y asimismo la intención perseverante de concebir, ensayar y, finalmente, emplazar la «Guerra de las Galaxias» (dispositivo de defensa contra proyectiles balísticos) lo que constituye violación de los actuales tratados en la materia. El Presidente Reagan declara que está dispuesto favorablemente a reducir de manera considerable los arsenales de armas atómicas estratégicas y que, además, ansía concluir un tratado de control

(3) GORBACHOV, Mijaíl, «*Politicheskii doklad Tsentral'nogo Komiteta KPSS XXVII s'ezdu Kommunisticheskoi partii Sovetskogo Souiza*». (Informe político del Comité Central del PCUS al XVII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, 25, febrero, 1986) (Moscú: Politizdat, 1986), pág. 129, subrayado original. (N. del T.: Hay versión castellana: GORBACHOV, Mijaíl, Editorial de la Agencia Novósti, Moscú, 1986.

de armamento; pero al mismo tiempo, se halla embarcado en la consecución de su proyecto de la Iniciativa de Defensa Estratégica. Pero los soviéticos —igual que la mayoría de los observadores— insisten en que ambos objetivos son incompatibles.

El único convenio que las dos partes lograron concluir en la Conferencia sobre el Desarme en Europa (encuentro multilateral que tuvo lugar en la ciudad de Estocolmo) debe su final feliz a dos factores. En primer lugar, dicho acuerdo no prevé la reducción de armamento, sino «medidas para el reforzamiento de la confianza», tales como la notificación previa de los ejercicios militares. Y, en segundo término, la U.R.S.S. concedió procedimientos sin precedentes para la verificación «in situ», así como inéditas medidas de inspección en los países del bloque soviético.

Pero resulta mucho más difícil convenir un pacto que suponga disminuir considerablemente los armamentos, habida cuenta de la posición inflexible del Presidente Reagan acerca de la I.D.E. y otras cuestiones relativas al control de las armas atómicas. Es decir, sólo habrá convenio si éste se ciñe a sus condiciones. Si realmente el Gobierno norteamericano tiene la intención de concluir un convenio sobre control de armamentos de gran alcance, el mismo supondría la vigencia de condiciones muy especiales: en efecto, los EE.UU. podrían continuar creando a gusto armas, pero la U.R.S.S., en cambio, se vería obligada a consentir que su rival no cumpliera los compromisos contraídos. Lo que la Casa Blanca no desea es que el tratado permitiera suprimir los ensayos atómicos; robustecer la prohibición vigente relativa a las defensas contra cohetes balísticos; retirar las armas atómicas de Europa; y asimismo impedir la «modernización» de los arsenales actuales.

La postura irreductible que defiende el Gobierno de Reagan explica por qué numerosos observadores han esperado que la U.R.S.S. hiciera las concesiones necesarias para celebrar el convenio. Pero ocurre que los soviéticos ya han hecho una serie de concesiones, a saber: aceptación del emplazamiento sin restricciones y en gran escala de los cohetes de crucero lanzados desde el mar (o proyectiles «SLCM»); renuncia a su exigencia de limitar las armas atómicas de corto alcance en el continente europeo; elevación de 3.600 a 4.800 de la cantidad de ojivas de los proyectiles intercontinentales emplazados en tierra; y finalmente, estudiar la posibilidad de autorizar la investigación y el desarrollo de dispositivos de defensa al estilo de la «Guerra de las Galaxias» (4). Si los soviéticos realizasen mayores concesiones, ello equivaldría —en esencia— a hacer suya la posición del Presidente Reagan, que consiste en descartar la prohibición global de los ensayos atómicos, autorizar la creación de nuevas armas ofensivas y permitir que los EE.UU. ensayen y emplacen armas en el espacio. En tal caso, saldría perjudicada no solamente la seguridad de la U.R.S.S., sino también la de los EE.UU., y del mundo entero. Un convenio de «conciliación» que supusiera la renuncia oficial al antiguo objetivo de control de armamentos en favor de los propósitos de Reagan podría ser peor

(4) SIMES, Dimitri K., *The Glimmer in Moscow's Arms Proposals* (La luz trémula de las propuestas de Moscú sobre armamento), «New York Times», 10 de julio 1986. Para una lista similar de las «concesiones» soviéticas, véase KREPON, Michael, *Mixed Signals on Arms Control* (Los Confusos Signos del Control de Armamento), «Bulletin of the Atomic Scientists», Vol. 43, núm. 1 (agosto-septiembre 1986), pág. 6-7.

que ningún convenio. Por tanto, aunque parezca irónico, uno de los mayores peligros de la situación presente sería que, ansioso por alcanzar un tratado de armamento con el Gobierno de Reagan, Mijail Gorbachov acabase firmando un tratado que, en realidad, serviría para respaldar la continuación de la carrera de armamentos.

Es casi seguro que Gorbachov tiene consciencia no solamente del peligro descrito, sino también de que no es probable que el Gobierno de Reagan negocie de buena fe. Por ello, el análisis de las propuestas de la U.R.S.S. se ha de hacer a la luz del contexto general de los objetivos globales del dirigente soviético. Parece que tales propuestas de desarme se incluyen en un amplio programa de cambios (y quizá —incluso— sean la «orientación fundamental» del mismo, según palabras del propio Gorbachov), que afectarían tanto al plano nacional como al terreno de los asuntos exteriores. A este respecto, las propuestas de desarme no se dirigen de manera exclusiva —o siquiera, principal— al Gobierno de Ronald Reagan; antes bien, fueron concebidas para la opinión pública y el Parlamento de los Estados Unidos, los círculos dirigentes y la opinión pública de otros países (en especial, en Europa Occidental y en el Pacífico), y finalmente, también para el consumo interno de la Unión Soviética.

LA DIPLOMACIA DEL DESARME DE GORBACHOV

Mijail Gorbachov no es el primer dirigente soviético que formula propuestas de desarme de carácter amplio; por ejemplo, en los años cincuenta, Nikita Jrushov también expuso diversos planes para el «desarme general y completo» (5). Sin embargo, el alcance e intensidad de la diplomacia del desarme de Gorbachov presentan marcadas diferencias con la de sus antecesores. Apenas meses después de asumir la Secretaría General del P.C.U.S., Gorbachov presentó su primera propuesta importante: la moratoria unilateral de los ensayos atómicos, que la Unión Soviética comenzaría el día del 40.º aniversario de la bomba atómica lanzada por los EE.UU. en la ciudad de Hiroshima. La campaña aumentó de intensidad con el discurso del 15 de enero 1986, en el que el dirigente soviético expuso un plan para suprimir las armas atómicas para el año 2000 (6). Desde entonces, la Unión Soviética ha venido complementando dicho llamamiento con actividades destinadas a la explicación y aclaración del mismo, además de propuestas nuevas y sorprendentes, todo lo cual cuenta con el respaldo de una ofensiva diplomática enérgica y sutil.

Pese a que los negociadores soviéticos —y el mismo Gorbachov— superaron los detalles concretos y los plazos expuestos en el discurso

(5) Sobre el particular, véase WEILER, D., «General Disarmament Proposals» («Las Propuestas Generales sobre Desarme»), «Arms Control Today», Vol. 16, núm. 5 (julio-agosto 1986), pág. 6-15.

(6) *Zaiavlenie General'nogo sekretariata TsK KPSS M.S. Gorbacheva, 15 ianvaria 1986.* (Moscú: Politizdat, 1986). La Unión Soviética ha publicado una traducción en inglés, *Statement by Mikhail Gorbachev, General Secretary of the CPSU Central Committee* (Declaración de Mijail Gorbachov, Secretario General del Comité Central del PCUS), 15 de enero 1986, (Moscú: Novosti, 1986). (N. del T.: Hay versión castellana: GORBACHOV, Mijail «La moratoria», Editorial de la Agencia de Prensa Novosti, Moscú, 1986, págs. 9 a 25.)

anteriormente mencionado, la «Declaración de Enero» sigue constituyendo el marco en el que se movería el dirigente soviético. Para 1986, se fijó el comienzo de la primera etapa del plan, y ésta preveía que «en el curso de los cinco a ocho años venideros, la U.R.S.S. y los EE.UU. (deben) reducir a la mitad las armas atómicas aptas para alcanzar el territorio de la otra parte», hasta llegar a la cantidad máxima de 6.000 ojivas atómicas. Además, las superpotencias se comprometerían a suprimir totalmente los cohetes de alcance medio, entre los que se incluyen los proyectiles SS-20 soviéticos y los cohetes Pershing II y de crucero de los EE.UU. «emplazados en el territorio europeo» (7). Asimismo está previsto que los EE.UU. se comprometan a «no trasladar a otros países sus cohetes estratégicos y de alcance medio», y que Francia y Gran Bretaña hagan lo propio en cuanto a «no aumentar sus respectivos arsenales atómicos». La primera etapa prevé, por último, la moratoria conjunta soviético-norteamericana de los ensayos atómicos y la renuncia de ambas superpotencias a concebir dispositivos del estilo de la «Guerra de las Galaxias».

Si bien Gorbachov reiteró la antigua posición soviética según la cual «la creación de armas espaciales defraudará las esperanzas de reducir el armamento emplazado en la Tierra» (8), declaraciones posteriores indicaron que los soviéticos observaban una actitud muy abierta respecto al curso que podrían tomar las negociaciones. En su discurso ante el XXVII Congreso del P.C.U.S. —celebrado en el mes de febrero de 1986—, Gorbachov afirmó que la Unión Soviética estaba dispuesta a «resolver el problema de los cohetes de alcance medio en la zona europea por separado, al margen de su relación directa con los problemas de los armamentos estratégico y espacial» (9). De esa manera, el dirigente soviético ponía en claro que las diferencias soviético-norteamericanas acerca de la «Guerra de las Galaxias» no debían impedir el convenio sobre los cohetes de alcance medio. En efecto, el Ministro de Asuntos Exteriores —Eduard Shevardnadze— opinó en varias ocasiones que los cohetes emplazados en el continente europeo constituyen el «terreno más prometedor» para lograr un convenio (10).

En caso de solucionarse las cuestiones pendientes de la primera etapa, el plan soviético prevé una segunda parte que comenzaría en el año de 1990 y duraría de cinco a siete años. En dicho periodo, las otras potencias atómicas deberían sumarse al proceso de desarme, lo que supondría «congelar» sus arsenales y abstenerse de emplazar ingenios de dicho género fuera de sus fronteras. Las superpotencias, por su parte, continuarían disminuyendo los proyectiles de medio alcance y también «congelarían» las armas atómicas tácticas. Una vez que las fuerzas norteamericanas y soviéticas hubiesen quedado reducidas a la mitad (no está claro si ello se refiere solamente a los proyectiles estratégicos, o comprende también los cohetes tácticos), las

(7) *Ibid.*, pág. 4-5.

(8) *Ibid.*

(9) Gorbachov (nota 3), pág. 130.

(10) Citado por DEYOUNG, Karen en el «Washington Post», 17 de julio, 1986, extraído de «Arms Control Reporter» de Chalmers Hardenbergh ed. (Compendio mensual del Instituto de Estudios sobre la Defensay el Desarme, Brookilinc, MA), pág. 403.B.388-389. Véase también comentarios de Shevardnadze sobre el XVII Congreso del Partido, citadas en el «Arms Control Reporter», pág. 403.B.370-371.

demás potencias atómicas suprimirían sus propias armas tácticas, o sea, aquellas que —según los soviéticos— tienen un alcance de 1.000 kilómetros.

La segunda etapa prevé asimismo que las naciones industrializadas convendrían la prohibición de las armas espaciales; las potencias atómicas pondrían fin a los ensayos de tales armas; y finalmente, entraría en vigencia la prohibición de «emplear principios físicos nuevos para concebir armas de naturaleza distinta a la de los ingenios atómicos, pero cuya potencia de destrucción fuere similar a la de éstos u otras armas de destrucción en gran escala» (11). El Mariscal Serguei Ajromiev —Jefe del Estado Mayor soviético— precisó la definición de tales armas: son aquéllas que «se conciben de acuerdo a principios físicos nunca antes empleados y que se emplean para atacar tropas, así como pertrechos y objetivos militares». Los ingenios mencionados «comprenderían las armas de rayos, de radio ondas, de radiación infrasonica, y también las armas geofísicas y las genéticas»; asimismo se consideran tales algunas armas de las llamadas de «ataque en profundidad» o las que se apoyan en los nuevos avances técnicos y que son objeto de críticas cada vez mayores en el mundo occidental. «Por las características del impacto», agregaba Ajromiev, «estas clases de armas podrían no ser menos peligrosas que las de destrucción a gran escala» (12). En una conferencia de prensa celebrada en Moscú, el mariscal soviético declaró que la Unión Soviética «no ha realizado y tampoco piensa hacerlo ni el ensayo de dichas armas ni, mucho menos, el emplazamiento de las mismas. Asimismo (la U.R.S.S.) procurará obtener que los demás países tampoco lo hagan» (13).

Durante la tercera etapa (cuyo comienzo se prevé para el año 1995 a más tardar), se suprimirían las restantes armas atómicas. «Para finales del año 1999 no quedarían armas atómicas en la Tierra. Se suscribiría entonces un convenio en virtud del cual tales armas nunca volverían a ser engendradas» (14). Gorbachov propuso que las medidas de desarme enunciadas fuesen objeto de verificación mediante recursos técnicos nacionales y la inspección «in situ», y añadió que «la U.R.S.S. está dispuesta a acordar otras medidas de verificación suplementarias» (14).

La etapa final es la menos detallada de las tres. La primera de ellas es la que presenta obstáculos mayores para el convenio de supresión de las armas atómicas, es decir, la prohibición de las armas espaciales, la prohibición global de los ensayos y el «congelamiento» de los arsenales atómicos británico y francés. Con el fin de contribuir a la solución de las difíciles cuestiones mencionadas, los soviéticos realizaron una serie de medidas conciliatorias tras la Declaración de Gorbachov de enero de 1986. Entre ellas se cuentan las sucesivas prórrogas de la moratoria unilateral de

(11) *Zaiavlenie M.S. Gorbacheva*. (nota 6), pág. 5.

(12) Las declaraciones de Ajromiev efectuadas en una conferencia de prensa en Moscú, el día 18 de enero de 1986, se citan en el «Arms Control Reporter», pág. 611.B.287.

(13) «Arms Control Reporter», pág. 611.B.287. Es obvio, de todas maneras, que los soviéticos han seguido los avances norteamericanos en estas áreas de una forma bastante parecida. Véase, por ejemplo, el artículo de V. Dimitriev sobre los explosivos con combustibles fabricados en el «Zarubezhnoe voennoe obozrenie». (Revista de las fuerzas militares extranjeras), núm. 9 (septiembre 1983), págs. 48 a 53.

(14) *Zaiavlenie M.S. Gorbacheva*. (Nota 6), pág. 5.

(15) *Ibid*, pág. 6.

ensayos atómicos e incluso el permiso para instalar estaciones de vigilancia sísmicas en las cercanías de los polígonos atómicos de la U.R.S.S.; dichos observatorios quedarían a cargo de científicos norteamericanos pertenecientes a entidades particulares y contarían con el patrocinio del Consejo para la Defensa de los Recursos Naturales. Asimismo, en la Conferencia de Ginebra, la Unión Soviética presentó una serie de propuestas relativas a las armas estratégicas y a las del alcance medio, que aparentemente concitaron el interés del Gobierno de Ronald Reagan. En numerosos aspectos, Moscú se ha aproximado a las posiciones occidentales, aunque, a menudo, ello supusiese diluir el contenido del plan original de Gorbachov. Por ejemplo, en la actualidad, los soviéticos parecen dispuestos a permitir la «modernización» de las fuerzas atómicas inglesa y francesa, mientras se respeten los límites relativos a la cantidad de ojivas (16). Además, prometieron suavizar la oposición a las investigaciones sobre el proyecto de «Guerra de las Galaxias», a cambio de que los EE.UU. prometan, a su vez, respetar el tratado ABM durante algunos años. Y finalmente, la Unión soviética ya desistió de procurar la limitación de los cohetes de crucero de plataforma marina.

Es evidente que las propuestas de control de las armas atómicas anteriormente expuestas constituyen el aspecto fundamental de la «diplomacia del desarme» de Gorbachov, aunque no son el único, pues la U.R.S.S. también presentó propuestas referentes a las armas ordinarias y a las químicas, así como a los procedimientos de verificación. En una sucesión de discursos, el dirigente soviético abogó por «reducir considerablemente todas las unidades de las fuerzas terrestres y de las fuerzas aéreas tácticas de las naciones europeas, así como las fuerzas correspondientes que los Estados Unidos y el Canadá poseen en Europa». El plan mencionado comprendería la totalidad del territorio europeo, «desde el Atlántico hasta los Urales» expresión que Gorbachov tomó prestada a los movimientos europeos para el desarme atómico. Se prevé disminuir en un 25 por ciento las fuerzas mencionadas para comienzos del decenio de 1990-2000; asimismo los soviéticos autorizarían la inspección «in situ» de su territorio, y también intercambiarían datos relativos a cuestiones como el nombre de las unidades militares, la cantidad de efectivos de las mismas y la clase de armas emplazadas. Gorbachov propuso asimismo que el convenio incluyese la reducción de los cohetes atómicos tácticos operacionales con el propósito evidente de acallar críticas vertidas en la R.F.A. en el sentido que tales armas no habían sido contempladas en el plan soviético para suprimir los cohetes SS-20 y otros proyectiles de alcance medio (17).

La Conferencia sobre el Desarme en Europa, celebrada en la ciudad de Estocolmo, permitió ilustrar hasta qué punto Gorbachov se halla dispuesto a aproximarse a las posiciones occidentales. En primer lugar, los soviéticos desistieron de exigir la notificación previa de las maniobras aéreas de gran envergadura. Este requisito hubiera limitado el uso de las fuerzas destacadas en Europa para ataques contra países del Tercer Mundo (como ocurrió con el bombardeo norteamericano a Libia), y Moscú hubo de reconocer que

(16) «Arms Control Reporter», pág. 403.B.388-389.

(17) *Ibid.*, pág. 401.B.108.

evidentemente los EE.UU. nunca consentirían imponer tales restricciones al empleo del poderío bélico (18). En contraste, los soviéticos se mostraron de acuerdo con la inspección aérea de las instalaciones y maniobras de sus fuerzas de tierra a fin de permitir verificar la observancia de los convenios que se concluyeren. La actitud conciliadora de la U.R.S.S. respecto al problema de la verificación contribuyó de manera considerable al final feliz de la Conferencia de Estocolmo.

Desde siempre, la verificación motivó el estancamiento de las negociaciones soviético-norteamericanas sobre control de armamento. Por tal razón, vale la pena tener en cuenta que dicha cuestión ocupa un lugar destacado en la serie de propuestas realizadas por Gorbachov, y no solamente en las presentadas en la Conferencia de Estocolmo. Por ejemplo, cuando el nuevo Secretario General del P.C.U.S. reclamó mayor celeridad en las negociaciones sobre armas químicas, a la vez, llamó especialmente la atención sobre el problema de la inspección.

«Estamos dispuestos a comunicar en el momento oportuno el emplazamiento de las fábricas de armas químicas, y también a asegurar el cese de tal fabricación; estamos dispuestos a iniciar la elaboración de procedimientos para destruir la infraestructura correspondiente, y asimismo a proceder, no bien el convenio entre en vigor, a la supresión de las reservas de armas químicas. La puesta en práctica de todas estas medidas sería objeto de los controles más rigurosos, inclusive la inspección «in situ» a cargo de organismos internacionales.» (19)

En el mes de abril de 1986, los soviéticos presentaron una propuesta concreta en la Comisión para el Desarme de las Naciones Unidas, la cual preveía la localización y el desmantelamiento de las instalaciones industriales de armas químicas y, además, estipulaba, con carácter sistemático, la inspección «in situ» y la supervisión por otras naciones (20).

Si bien en numerosos casos las propuestas de desarme de Gorbachov fueron concebidas principalmente para la Europa Occidental y los Estados Unidos, ello no significa en modo alguno el olvido de Asia. En su discurso ante el XXVIIº Congreso del P.C.U.S., el dirigente soviético sostuvo que «se acrecienta el significado de la orientación asiática y del Pacífico», y recalcó la necesidad de reducir el peligro de enfrentamiento militar y de «estabilizar allí la situación» (21). En el curso de los meses siguientes, los soviéticos propusieron una serie de medidas concretas como, por ejemplo, una conferencia de ámbito regional sobre seguridad en Asia, similar a la de Helsinki; creación de una zona desnuclearizada en la cuenca del Pacífico; ofertas a China relativas a la reducción mutua de las tropas destacadas a lo

(18) Para un análisis muy interesante sobre este tema, véase HARDENBERGH, Chalmers, «*Could Arms Control Have Stopped the Libyan Raid?*» («¿El control de armamento habría podido detener el ataque a Libia?») en «*Defense and Disarmament News*», Vol. 2, núm. 2 (julio-agosto 1986), pág. 6.

(19) *Zaiavlenie M.S. Gorbacheva*. (Nota 6), pág. 10-11.

(20) «*Arms Control Reporter*», pág. 704.B.176-177.

(21) Gorbachov (nota 3), pág. 135-136.

largo de la frontera común; y también el compromiso de retirar los ejércitos que la U.R.S.S. mantiene en Afganistán y Mongolia.

No es posible subestimar la importancia de las propuestas de desarme soviéticas, pues señalan un cambio espectacular respecto a la cauta actitud mostrada por la generación de Brezhnev. La moratoria unilateral de los ensayos atómicos y la aceptación de criterios amplios de verificación «in situ» son indicios particularmente claros que muestran hasta dónde los soviéticos están dispuestos a llegar.

LOS OBJETIVOS DE LA U.R.S.S.

En opinión de algunos observadores, la «diplomacia del desarme» de Gorbachov obedecería a dos factores: la preocupación del dirigente soviético por el deterioro de la economía y las presiones que el complejo militar de Reagan ejerce sobre la Unión Soviética. Por supuesto, ambas consideraciones han influido en la posición soviética en materia de control de armamentos. Poca duda cabe de que Gorbachov desearía ver aligerada la carga del presupuesto de defensa, lo que le permitiría dedicar mayores recursos para revitalizar la estancada economía y asimismo elevar el nivel de vida general. En los países de economía de pleno empleo —como es el caso de la U.R.S.S.—, todo rublo que se gasta en defensa se ha de quitar a la inversión y al consumo. La competición en el plano bélico con los Estados Unidos (país cuyo P.N.B. dobla al de la Unión Soviética) exige considerables sacrificios a la economía soviética.

Las nuevas armas norteamericanas también entran en los cálculos sobre control de armamentos que hace la U.R.S.S., y en tal sentido, el aumento de la potencia bélica fomentado por el Presidente Reagan también puede haber influido en la «ofensiva de desarme» emprendida por el líder soviético. Gorbachov y los compañeros de su equipo son plenamente conscientes de que, en opinión de una serie de políticos que desempeñan cargos prominentes en el Gobierno de Washington, la carrera de armamentos (y —quizá— el proyecto de «Guerra de las Galaxias», en particular) son un medio para arruinar a la Unión Soviética, ya que la obliga a competir en el terreno de la técnica ultramoderna, donde los soviéticos se hallan atrasados respecto a los Estados Unidos (22). Además, la «Guerra de las Galaxias» preocupa a la U.R.S.S. por razones de orden militar, pues entiende que si los Estados Unidos lograsen combinar sus miles de armas ofensivas con un eficaz dispositivo de defensa, en consecuencia, estarían aptos para asestar «el primer golpe con la esperanza de impedir el contraataque al territorio norteamericano» (23). Asimismo la U.R.S.S. entiende que las nuevas armas en sí constituyen una amenaza de ataque

(22) Gorbachov formula tal observación en sus «Respuestas a preguntas hechas por la Humanidad» (Moscú: Novosti, 1986), pág. 19, y en sus «Respuestas a preguntas hechas por la revista Time» (Moscú: Novosti, 1986), pág. 17. Una versión extrema de este argumento la proporciona el antiguo funcionario de Reagan, Richard Pipes, «Survival Is Not Enough» («Sobrevivir no es suficiente») (Nueva York: Simon & Schuster, 1984).

(23) AJROMEIEV, S., «Dogovor po PRO - pregrada na puti gonki strategicheskikh vooruzhenii». («El Tratado ABM, una barrera para la carrera de armamentos estratégicos»), *Pravda*, 4, junio de 1985, pág. 4.

inminente, como lo indica el hecho que al referirse a la «Guerra de las Galaxias» lo califica de programa para concebir «armas de ataque espaciales».

No obstante, sería ingenuo opinar que la campaña de desarme emprendida por Gorbachov no es más que la reacción ante los problemas económicos o los programas bélicos de los Estados Unidos. Después de todo, sus antecesores inmediatos tuvieron que verse en problemas internos y externos similares aunque adoptaron actitudes muy distintas. Parece que Gorbachov ha llegado, sin embargo, a la conclusión de que las medidas adoptadas por sus predecesores no fueron en beneficio último de la U.R.S.S., y en consecuencia, consideró acertado tomar otros rumbos. A este respecto, se podría considerar que gran parte de su programa busca revertir el legado de la era de Brezhnev.

Durante el período en que Leonidás Brezhnev ocupó la Secretaría General del P.C.U.S. (y en la primera mitad, en particular), el país conoció un considerable crecimiento económico y substanciales mejoras del bienestar material de los ciudadanos. La potencia bélica de la U.R.S.S. creció con ritmo constante en casi todos los terrenos; se alcanzó la paridad con los Estados Unidos en materia de armas atómicas estratégicas; los tratados internacionales sancionaron las conquistas políticas y territoriales logradas en la Segunda Guerra Mundial; y, por último, la U.R.S.S. consiguió que su condición de superpotencia fuese ampliamente reconocida en todo el mundo. Sin embargo, hoy en día no se recuerda a Brezhnev por tales realizaciones. Por el contrario, el legado del antiguo dirigente en el ámbito nacional consiste en el descenso del ritmo de crecimiento, un mayor descontento de los consumidores, y un grave malestar espiritual que se expresa en la difusión desenfrenada del alcoholismo, la corrupción y la delincuencia. Y en cuanto a los asuntos exteriores, se considera un fracaso la búsqueda del condominio entre las superpotencias y la excesiva confianza en el poderío bélico.

Por perseguir la paridad militar con los Estados Unidos y la condición de superpotencia, Brezhnev sacrificó importantes objetivos políticos y económicos. Según señala en el ensayo titulado «La solución cero», Vladimir Voinovich (emigrado ruso y autor de sátiras), la seguridad de un país no depende solamente de la fuerza de sus ejércitos, sino también del poderío económico. «En lo que respecta a las cuestiones económicas, ni siquiera la propaganda burguesa puede afirmar que aprovechamos la "detente" o cualquier otro acontecimiento para lograr la superioridad ante el mundo occidental». Muy por el contrario, prosigue Voinovich, «la Unión Soviética ha venido reduciendo de manera constante, irreversible y perseverante su poderío económico» hasta llegar «a la solución cero propia» (24). Tal opinión es válida, pese a la exageración que requiere el humor. En efecto, la U.R.S.S. tuvo que hacer frente a considerables costos económicos y políticos a causa de los supuestos logros de la esfera militar.

Hay motivos plausibles de carácter militar que justifican el refuerzo de las tropas acantonadas en la frontera con China, el aumento de la flota del Pacífico, e incluso la invasión de Afganistán. Sin embargo, los sucesores de

(24) VOINOVICH, Vladimir, *The Anti-Soviet Soviet Union*, versión inglesa de LURIE, Richard (Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1986), pág. 263 y 264.

Brezhnev deben meditar si los logros obtenidos en materia de seguridad (suponiendo que realmente sean tales) valieron el precio pagado en los terrenos económico y político. Ocurre, en efecto, que vistas en retrospectiva, las medidas de Brezhnev resultan, en muchos casos, contraproducentes. Por ejemplo, el emplazamiento de los cohetes SS-20 agrió las relaciones con Europa Occidental y, a la vez, brindó el pretexto ideal para que Estados Unidos hicieran lo propio con los nuevos cohetes de crucero y los Pershing II. La invasión de Afganistán motivó que el prestigio de la U.R.S.S. en los países del Tercer Mundo se deteriorase como nunca hasta entonces, y además, empeoró las malas relaciones con China. Razones como las mencionadas explicarían que Gorbachov esté decidido a revertir el legado que recibió de Brezhnev. En particular, estaría dispuesto a sacrificar ciertos objetivos militares a fin de conseguir realizaciones políticas y económicas, que, a largo plazo, permitirán robustecer la seguridad del país.

Por tanto, la «ofensiva de desarme» de Gorbachov se incluiría en una campaña internacional de mayor amplitud, emprendida bajo las consignas de cooperación económica y seguridad común. El dirigente soviético denunció la búsqueda de ventajas militares unilaterales e intentó poner de relieve los aspectos políticos y económicos de la orientación soviética en materia de asuntos exteriores. En particular, ha hecho esfuerzos intensos para mejorar las relaciones con la Europa Occidental, el Medio Oriente y la región del Pacífico. En la mayoría de estos casos, las propuestas soviéticas encontraron acogida favorable, aunque cauta, y además, se ha reconocido que la orientación de la U.R.S.S. se halla en evidente proceso de cambio.

Mediante los gestos hechos hacia Europa Occidental, Gorbachov ha querido tomar distancias con los dirigentes de la época de Brezhnev. En consecuencia, ha tenido mucho cuidado en mostrarse comprensivo con las exigencias europeas en cuestiones de seguridad, en vez de atribuir intenciones malignas a los preparativos de defensa occidentales. Además, Gorbachov recalcó la importancia de conceder una atención preponderante a las bases políticas y económicas de la cooperación, y no a las cuestiones de enfrentamiento bélico. En el mes de julio de 1986, con ocasión del encuentro en Moscú con el Presidente francés François Mitterrand, Gorbachov afirmó que «es necesario suprimir del pensamiento político la idea que Europa es 'teatro de operaciones'... Europa debe dar ejemplo de coexistencia entre estados soberanos, de naturaleza distinta pero pacíficos, estados conscientes de su interdependencia y que edifican sus relaciones sobre la base de la confianza» (25).

Con anterioridad a la declaración mencionada, el dirigente soviético ya había manifestado comprensión por la posición de Francia en cuestiones de defensa. En el discurso pronunciado ante el Parlamento francés en el mes de octubre 1985, se tuvo la impresión de que Gorbachov aceptó e incluso coincidió con la postura de Francia sobre el desarme atómico. «Es evidente», afirmó entonces, que Francia no desea quedar fuera del debate sobre su arsenal atómico, y también instó al «diálogo directo» sobre la cuestión con Francia y también con la Gran Bretaña. Al mismo tiempo, Gorbachov señaló que el país galo de ninguna manera debería verse obligado a reducir sus fuerzas hasta que las superpotencias realizaran

(25) «Arms Control Reporter», pág. 403.B.386-387.

progresos substanciales en cuanto al desarme atómico propio (26). En el siguiente mes de julio, Guenadi Guerasimov (portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores) reiteró, en Moscú, que la «Unión Soviética respeta plenamente el derecho de Francia a decidir con libertad acerca de su fuerza atómica. Nuestra posición es que los cohetes norteamericanos y soviéticos se deben retirar de Europa» (27).

Durante la visita que hizo a Gran Bretaña en 1984, Gorbachov causó buena impresión, incluso antes de ascender a la Secretaría General; la Primer Ministro Margaret Thatcher opinó que se trataba de una persona con la cual se puede negociar. Posteriormente, a mediados de julio 1986, el líder soviético envió a Londres a Eduard Shevardnadze, el Ministro de Asuntos Exteriores, y los tres convenios firmados atestiguan que el entendimiento con la Sra. Thatcher fue tan bueno como en la ocasión anterior. El convenio sobre la prevención de incidentes marítimos —el más importante de ellos— tuvo un significado especial en tanto que era un tratado bilateral entre la Unión Soviética y un país aliado de los Estados Unidos sobre cuestiones que habitualmente se negocian entre las superpotencias o, por lo menos, en foros internacionales. Al respecto, dicho tratado sentó un precedente importante (28).

Los soviéticos probablemente no esperan hallarse en condiciones de negociar importantes cuestiones de seguridad directamente con la Primer Ministro de Gran Bretaña. Sin embargo, parece que existe un campo de acción mayor para negociaciones bilaterales entre Moscú y un futuro gobierno laborista. Los dirigentes de este partido consideraron atractivas las propuestas de desarme soviéticas e instaron al gobierno de su país a que las tomara más en serio. Neil Kinnock —el primer dirigente del Partido Laborista— se quejó de que, si bien la Sra. Thatcher había aceptado la «opción cero» en el año 1984 (cuando los soviéticos la rechazaron), «movió los postes de la portería» una vez que Gorbachov se mostró partidario de la idea (29). Asimismo los laboristas han estado negociando por cuenta propia con los soviéticos. Oficialmente se sabe que el Partido Laborista ha buscado concesiones de Moscú a cambio de llevar a la práctica en el futuro el desarme atómico unilateral de Gran Bretaña. Por ejemplo, Denis Healey (Ministro de Asuntos Exteriores del «shadow cabinet» (el Gabinete de la Oposición) propuso que, cuando un futuro gobierno laborista proceda a desguazar los submarinos Polaris, la Unión Soviética debería desarmar una cantidad equivalente de cohetes. En un encuentro con parlamentarios británicos celebrado en el Kremlin en el mes de mayo de 1986, Gorbachov manifestó su apoyo a la propuesta (30). Considerando la falta de consenso en la sociedad británica sobre la necesidad de poseer fuerza atómica independiente y dado el potente movimiento en favor del desarme unilateral, no es imposible que en el futuro se firme un tratado anglo-soviético sobre reducción de armas atómicas.

(26) Comunicado de prensa de la representación soviética en la ONU, 4 de octubre 1985; citado en el «Arms Control Reporter», pág. 403.D.43.

(27) Citado en *ibid.*, pág. 403.B.386-387.

(28) *Maniobras Anglo-Soviéticas*, «Financial Times» (Londres), 17 de julio de 1986, pág. 10.

(29) «Arms Control Reporter», pág. 403.B.373.

(30) *Ibid.*, pág. 403.B.373, 382.

Se tiene la impresión de que una serie de propuestas recientes hechas por la U.R.S.S. iban dirigidas principalmente a Alemania Occidental, lo que no debería sorprender si se piensa en el papel que históricamente jugó Alemania en los cálculos de seguridad de Rusia. En la actualidad, los soviéticos estarían preocupados por el aumento de la cooperación germano-norteamericana en las investigaciones de la «Guerra de las Galaxias», así como por la función que podría desempeñar el *Bundeswehr* en el llamado «Plan Rogers», o sea, el proyecto cuyo fin es imprimir mayor orientación ofensiva a la O.T.A.N. que, al mismo tiempo, da énfasis al emplazamiento de nuevas armas de ataque en profundidad. En el pasado, los soviéticos intentaron influir en las posiciones germanooccidentales mediante la amenaza de contramedidas y advertencias en contra de la propensión al revanchismo. Empero tales métodos resultaron muy contraproducentes, y por ello Gorbachov decidió probar un recurso diferente. A mediados del mes de abril de 1986, durante un discurso en Berlín Este, el dirigente soviético se dirigió al Oeste en los términos siguientes: «No crean las alegaciones acerca de la agresividad de la Unión Soviética. Nuestro país nunca, en ninguna circunstancia, comenzará operaciones bélicas contra la Europa Occidental, a menos que nosotros o nuestros aliados seamos blanco de un ataque de la O.T.A.N. Y repito, ¡nunca!» (31).

El cambio de tono ha sido aparentemente bien recibido en Alemania Occidental, igual que las propuestas concretas de desarme de los soviéticos. Por ejemplo, a causa de la considerable preocupación popular en dicho país por las armas químicas, «resultan muy interesantes para la opinión pública alemana» (32) las propuestas de Gorbachov de prohibir esa clase de armas, y en particular, su aceptación de la inspección «in situ». Ello se explica sobre todo por que el Gobierno del Presidente Reagan reaccionó de manera poco favorable ante las propuestas del dirigente soviético y prefirió, en cambio, fabricar una nueva generación de armas de gas nervioso binarias.

Al ver la desatención de los Estados Unidos hacia las preocupaciones europeas, el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), de oposición, adoptó, al igual que sus compañeros británicos, la idea de negociar directamente con la Unión Soviética. En una resolución aprobada en el congreso del SPD celebrado a finales del verano de 1986, se afirma que «cuando los intereses vitales de los estados europeos estén en juego, los socialdemócratas adoptarán medidas propias»; en dicho documento también se promete que un futuro Canciller del SPD tendrá «plena libertad para negociar» con los soviéticos. El SPD apoya las propuestas de reestructurar el *Bundeswehr* con el fin de privilegiar las operaciones estrictamente defensivas y, además, reclama que el Pacto de Varsovia lleve a cabo reformas similares, es decir, que desheche su estrategia principal consistente en la ofensiva rápida de tanques sobre Europa Occidental en caso de guerra (33).

(31) Comunicado de prensa de la agencia TASS, 18 de abril 1986, citado en *ibid.*, pág. 401.B.108.

(32) Un anónimo funcionario diplomático de Alemania Federal citado por Steven Erlanger en el «Boston Globe», citado en *ibid.*, pág. 704.B.166.

(33) STEELE, Jonathan, *El Partido Socialdemócrata prepara conversaciones directas con Moscú*, «Manchester Guardian», 7 de septiembre 1986, pág. 7.

En otras cuestiones relativas a la seguridad europea, Moscú aparentemente ha continuado mejorando su posición frente a la de Washington, en parte gracias a que desistió de numerosos planteamientos de la época de Brezhnev. Por ejemplo, el Partido Socialista Unificado de Alemania (el partido comunista de la R.D.A.) entabló conversaciones con el SPD de Alemania Occidental acerca de la creación de una zona desnuclearizada en la Europa central. Los Estados Unidos se opusieron a las negociaciones y a los objetivos de éstas. Los consejeros de Brezhnev, por su parte, también dudaban que las ganancias políticas y en materia de seguridad derivadas de la desnuclearización de Europa Central pudieran compensar el riesgo que representaba permitir que Berlín Este aumentase sus vínculos con el Oeste, lo cual, a su vez, podía poner en peligro la cohesión del Pacto de Varsovia. Pero con Gorbachov, la Unión Soviética ha permitido —y quizá, incluso, estimulado— las negociaciones de la Alemania del Este con el SPD. En la Alemania Occidental, los soviéticos llevaron a cabo una ruptura simbólica con la generación de Brezhnev al substituir al envejecido embajador por una persona mucho más joven —Iuli Kvitsinski—, especialista en Alemania, país donde había despertado gran atención y ganado respeto durante una misión previa, en la que ejerció de negociador en jefe sobre los cohetes de alcance medio emplazados en Europa.

En otras partes del mundo, los soviéticos han adoptado medidas similares para deshacerse del legado de Brezhnev. Durante el último decenio del mandato del fallecido dirigente, la Unión soviética sufrió considerables reveses en el Medio Oriente, región de importancia tanto estratégica como económica. Al principio, los soviéticos esperaban arbitrar los conflictos de la región juntamente con los Estados Unidos, pero pronto se hallaron completamente excluidos del proceso de paz. La fanfarronada militar de Brezhnev resultó contraproducente en la guerra de 1973, y sus tanques y aviones no pudieron competir con la ingente ayuda económica que Washington empleó para apartar de Moscú a Egipto, su antiguo cliente. Incluso los estados más radicales del Medio Oriente y del Golfo Pérsico no se podían considerar aliados seguros de Moscú. Además, la invasión de Afganistán hizo aumentar los recelos acerca de las intenciones soviéticas en la región. Por otra parte, el antiguo refrán «el enemigo de mi enemigo es mi amigo» no fue válido para Irán, pues en vez de sacar provecho de los desórdenes de dicho país, los soviéticos consiguieron granjearse tanta hostilidad como los Estados Unidos, hostilidad que les causó gran inquietud dada la extensa frontera entre ambos estados.

Gorbachov se ha afanado considerablemente a fin de contrarrestar la pérdida de influencia de la U.R.S.S. en el Medio Oriente. Sus propuestas destinadas a mejorar las relaciones con Israel fueron objeto de considerable atención en los medios de comunicación de los Estados Unidos. Sin embargo, quizá más importantes son los empeños soviéticos para restablecer los contactos diplomáticos con los estados árabes tradicionalmente pro-occidentales, como el Sultanato de Omán y los Emiratos Arabes Unidos, y también para mejorar las relaciones con la Arabia Saudita. Asimismo Moscú presentó propuestas para reforzar la seguridad de la región como, por ejemplo, la oferta para que la U.R.S.S. y los Estados Unidos retiren mutuamente sus flotas del Mediterráneo. Los países del Medio Oriente y del Norte de Africa deben considerar tales propuestas especialmente interesan-

tes a la luz del bombardeo norteamericano a Libia, que la mayoría de estados de la región tuvieron por agresión injustificada (34).

Junto con las propuestas de desarme, las medidas más espectaculares adoptadas por los soviéticos se refieren a la región del Pacífico. Las medidas militar y diplomáticas de Brezhnev condujeron a que la reputación de la Unión Soviética se deteriorase como nunca, así como al aumento de las tensiones con China y con aliados de los Estados Unidos, como el Japón, Tailandia e Indonesia; ello, a su vez, impidió la posibilidad de que la U.R.S.S. pudiese participar en la creciente prosperidad de la región. Gorbachov articuló una nueva orientación con motivo del discurso pronunciado el 28 de julio de 1986 en la ciudad portuaria de Vladivostok, situada en el extremo oriente del país. Allí, realizó una intensa proclama para mejorar las relaciones con China, el Japón y la A.S.E.A.N. (Asociación de Naciones del Sudeste Asiático), el organismo que agrupa a los países pro-norteamericanos de la región. Asimismo el dirigente soviético anunció una serie de medidas concretas, que incluían la retirada de seis regimientos —unos 6.000 soldados— de Afganistán y planes para disminuir considerablemente las fuerzas que la U.R.S.S. mantiene en la frontera entre Mongolia y China.

En el contexto de la presencia soviética total en Afganistán —calculada en 115.000 soldados—, la retirada de 6.000 de ellos es insignificante, y hasta puede haber coincidido con la intensificación de la actividad bélica. Sin embargo, es un gesto notable en lo que a China respecta. Pekín señaló «tres obstáculos» para la mejora de relaciones con la U.R.S.S.; uno de ellos es la guerra de Afganistán, de ahí que dicha pequeña retirada indicaría la posibilidad de la eventual solución del conflicto. A la superación del segundo obstáculo (las fuerzas acantonadas en la frontera china) puede corresponder el anuncio hecho por Gorbachov de una retirada «substantial» de tropas de Mongolia, así como su propuesta de «pasos concretos destinados a reducir de manera proporcionada la cantidad de fuerzas de tierra» que hay en la frontera con China. A modo de gesto de buena voluntad, el dirigente soviético anunció recientemente que Moscú aceptaba las tesis chinas sobre una franja fronteriza del Río Ussuri, objeto de litigio entre ambos países (35).

El obstáculo final (el apoyo soviético a la ocupación de Camboya por Vietnam) no fue mencionado directamente en el discurso de Gorbachov; en el pasado, la U.R.S.S. insinuó que tenía poca influencia en la actuación de Vietnam en Camboya. No obstante, Gorbachov efectivamente aludió a la posibilidad de reducir la presencia militar soviética en la región. Su promesa en el sentido de que si los Estados Unidos «abandonasen» sus bases de Filipinas, «no dejaríamos de corresponder a tal medida», ha sido interpretada como mención indirecta a la posibilidad de retirarse de Cam Ranh, la principal base naval soviética de Vietnam (36).

(34) SCHEMANN, Serge, «Gorbachov hace una propuesta sobre dos flotas», «New York Times», 27 de marzo de 1986; WALKER, Martin, «El bombardeo de Libia beneficia a la estrategia a largo plazo soviética», «Manchester Guardian Weekly», 27 de abril de 1986.

(35) NATIONS, Richard, «La nueva política de Moscú», «Far Eastern Economic Review», 14 de agosto 1986, pág. 33.

(36) *Ibid.*, pág. 32; y OBERDOFER, Don, «Los Estados Unidos analizan la propuesta de Gorbachov a China», «Washington Post», 30 de julio de 1986.

Hasta ahora, los chinos adoptaron una cauta actitud de espera ante los gestos soviéticos. El dirigente chino Deng Xiaoping, no obstante, ha afirmado que estaría dispuesto a reunirse con Gorbachov si hubiese novedades en la cuestión de Camboya. Según palabras propias, «Si la Unión Soviética puede contribuir a la retirada de las tropas vietnamitas de Camboya, ello suprimiría el obstáculo principal de las relaciones chino-soviéticas» (37). No se aprecia con claridad si lo anterior significa que Deng está satisfecho con los gestos soviéticos referentes a los otros dos obstáculos, o bien, si el dirigente chino elevó la situación camboyana a la categoría de «obstáculo principal», ora porque es el problema que los soviéticos olvidaron, ora porque no pueden hacer gran cosa al respecto. De todos modos, los chinos parecen prestar una atención real a la nueva orientación de Gorbachov.

Moscú también ha venido ensayando nuevos planteamientos en sus relaciones con Japón, gravemente deterioradas —como en los ejemplos anteriores— a raíz del legado de Brezhnev, en especial, por el aumento de la presencia militar soviética en el este de Asia y la invasión de Afganistán. Gorbachov, en contraposición, parece decidido a adoptar una táctica conciliatoria. Una semana antes del discurso de Vladivostok, por ejemplo, los soviéticos concluyeron un convenio que permitirá a los japoneses visitar sin visado especial los sepulcros de sus antepasados que se hallan en territorio soviético, lo que no ocurría desde 1975. El gesto en sí contribuye poco a solucionar la cuestión de los territorios en litigio, o sea, las cuatro Islas Kuriles, situadas en el extremo septentrional del Japón y que los soviéticos ocupan desde finales de la Segunda Guerra Mundial, pero puede representar un intento para entablar el diálogo (38). Igual que respecto a Francia, los soviéticos han mostrado una nueva sensibilidad ante la forma cómo el Japón valora sus requisitos de seguridad. En su primera conferencia de prensa, Nikolai Solovev (el nuevo enviado de Moscú a Tokio) señaló que «no correspondía a la Unión Soviética decir al Japón la clase de relaciones que debe tener con los Estados Unidos», mientras que las mismas no perjudicasen la seguridad soviética. La elección de Solovev que es funcionario de carrera del Ministerio de Asuntos Exteriores especializado en el Japón y que, además, expresa sus opiniones con soltura japonés, debería indicar a Tokio la importancia que Gorbachov asigna a las relaciones entre ambos países. Al igual que ocurrió con el nuevo embajador de Moscú en Alemania Occidental, el hecho de que Solovev es —según palabras propias— «dos generaciones más joven» que algunos de sus predecesores debe servir para realzar la imagen pública de la nueva orientación soviética (39). Sin embargo, a pesar de todo, el Gobierno japonés se ha mostrado cauto ante los gestos de Gorbachov, y queda por ver hasta dónde podrá llegar el dirigente soviético.

Moscú posee razones económicas y políticas para considerar importante el éxito en la mejora de las relaciones con Japón y otros países prósperos de

(37) *Deng vincula a Cambodia a la entrevista con Gorbachov*, «New York Times», 7 de septiembre 1986, pág. 7.

(38) HARSCH, Joseph C., *Gorbachov se enfrenta a Asia e inicia una nueva diplomacia*, «Christian Science Monitor», 1 de agosto 1986.

(39) OKA, Takashi, *Los asiáticos preguntan si la postura soviética es sincera o artificial*, «Christian Science Monitor», 1 de agosto 1986.

Asia. El aspecto económico se aprecia claramente en la insinuación que Gorbachov expresó durante el discurso del mes de julio: «con el tiempo, podríamos hallar solución al problema de la apertura de Vladivostok», ciudad que, por albergar una importante base naval, siempre ha sido prohibida para los extranjeros. Aludiendo a que, a comienzos del siglo XVIII, Pedro el Grande había fundado San Petersburgo (la actual Leningrado) «la ventana hacia Occidente» de Rusia, Gorbachov anunció el deseo de que Vladivostok fuera «nuestra ventana abierta de par en par hacia el Oriente» (40). Algunos observadores norteamericanos, buenos conocedores de los análisis soviéticos sobre el Extremo Oriente, afirmaron que Gorbachov apuntó la posibilidad de convertir a Vladivostok en «zona franca», tal como los chinos hicieron en determinados lugares. Al parecer, el candidato principal es la región de Primorski (donde está enclavada Vladivostok), pues el cercano puerto de Najodka ya se emplea para canalizar la mayor parte del comercio soviético con los países del Pacífico (41). La intención de abrir la ciudad de Vladivostok es coherente con los empeños de la U.R.S.S. destinados a mejorar las relaciones y el comercio con países como Indonesia, Malasia y Tailandia, y a participar en el GATT (Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio) (42).

En el discurso de Vladivostok, además de mencionar las posibilidades de cooperación económica en la región del Pacífico, Gorbachov reiteró la nueva posición soviética en materia de «seguridad común»: «Necesitamos una ruptura radical con las posiciones políticas hasta ahora sostenidas». Luego, criticó los «intentos egoístas de reforzar la seguridad a expensas de otros» (método que Moscú empleó no pocas veces en el pasado) y asimismo presentó propuestas para reducir las fuerzas navales de la región, para desnuclearizar la zona del Pacífico y, por último, para celebrar una conferencia sobre seguridad regional al estilo de la habida en Helsinki (43).

Los países asiáticos destinatarios de las propuestas de Gorbachov (en particular, Japón y los miembros de la A.S.E.A.N.) han reaccionado con cierta cautela. Sin embargo, y aunque parezca irónico, la actuación de los Estados Unidos en la región probablemente ha servido para robustecer las posiciones soviéticas. En efecto, mientras Moscú insta a la creación de una zona desnuclearizada, Washington expulsó de la A.N.Z.U.S. (tratado de Seguridad entre Australia, Nueva Zelandia y Estados Unidos) a Nueva Zelandia, su antiguo aliado, en represalia por oponerse a que recalasen en sus puertos los barcos norteamericanos provistos de armas atómicas. Al tiempo que la Unión Soviética habla de aumentar la cooperación económica en la región, los Estados Unidos continúan la antigua guerra comercial con el Japón y apartan de sí a Australia (otro de sus principales aliados del Pacífico), en castigo por vender a la U.R.S.S. trigo más barato que el

(40) Citado en KIM, Roy, «Los soviéticos estudian la apertura del puerto de Vladivostok», «Christian Science Monitor», 1 de agosto 1986.

(41) *Ibid.*

(42) Sobre estos temas, véase CLAD, James, «Sonreír y resignarse», «Far Eastern Economic Review», 28 de noviembre de 1985, pág. 19; MCBETH, John, «Cuidado con el Oso», «Far Eastern Economic Review», 21 de noviembre de 1985, pág. 36-38; «El restablecimiento de vínculos», «Far Eastern Economic Review», 17 de octubre de 1985, pág. 15; y «Los soviéticos piden asistir a la reunión del GATT», «New York Times», 24 de agosto de 1986, pág. E2.

(43) Nations (nota 35), pág. 31.

australiano. Mientras que los navíos de pesca norteamericanos siempre desconocieron las zonas económicas de exclusión reclamadas por las naciones isleñas del Pacífico Occidental, la Unión Soviética firmó importantes convenios de pesca con una serie de países —como Kiribati y Vanuatu—, con lo cual presionó a los Estados Unidos para que reconocieran dichas reclamaciones.

LOS PROBLEMAS INTERNOS DE GORBACHOV

Dado que las propuestas soviéticas han puesto claramente a los Estados Unidos a la defensiva en muchas regiones del mundo, los altos cargos del Gobierno norteamericano tienden a rechazarlas tachándolas de propaganda exenta de todo contenido. No cabe duda que, mediante la nueva postura negociadora, los soviéticos buscan brindar una imagen que contraste favorablemente con la actitud intransigente de los Estados Unidos; por otra parte, ya se sabe que la U.R.S.S. es muy sensible a la valoración que la opinión pública hace de su actividad diplomática. Sin embargo, no hay razones para descartar las propuestas soviéticas, pues el hecho que se refieren al tradicional interés de la Unión Soviética por la seguridad y los asuntos económicos (si bien de manera mucho más creativa que en el pasado) significa que deben ser tomadas en serio. Además, el propósito de abandonar el legado de Brezhnev parece que encuentra cierta resistencia interna y que ha supuesto riesgos para la jefatura de Gorbachov. La decisión de aceptar tales riesgos da mayor fe de la seriedad de los propósitos que animan al dirigente soviético.

En algunos aspectos, la «ofensiva de desarme» de Gorbachov puede haber sido concebida para espantar y señalar a sus oponentes internos, e incluso, ponerlos en posición defensiva (44). Si efectivamente sus medidas de política exterior se incluyen en un plan de mayor envergadura destinado a revitalizar el sector civil de la economía, el líder soviético pronto deberá abordar la cuestión de transferir recursos de la producción bélica. La primacía que concede al «nuevo pensamiento» necesario en la esfera de la política exterior puede tener por fin dar impulso a su programa de desarme, que, a su vez, le podría ayudar en el inevitable debate acerca de la distribución de recursos. En su discurso ante el XXVIIº Congreso del P.C.U.S., Gorbachov hizo una afirmación que ha sido interpretada como la indicación de que ya era hora de conceder una atención prioritaria a otras necesidades de los recursos nacionales que no fuesen los bélicos. En vez de sostener que las amenazas externas exigían aumentar el presupuesto militar, Gorbachov afirmó que «hoy en día podemos declarar con toda responsabilidad que los cimientos del poderío militar de la U.R.S.S. son de tal envergadura que permiten defender con seguridad el trabajo pacífico y la vida pacífica del pueblo soviético». Según la versión rusa del discurso, el pasaje reproducido mereció «aplausos prolongados» (45). En consecuencia,

(44) AMERISOV, Alexander (seud.) hace tal afirmación relativa a las reformas económicas de Gorbachov en el «Soviet-American Review», Vol. 1, núm. 10 (Agosto 1986).

(45) Gorbachov (nota 3), pág. 119.

compárese dicha afirmación con las siguientes opiniones vertidas por Brezhnev en el curso de una reunión con jefes militares, que tuvo lugar en el mes de octubre de 1982, poco antes de su fallecimiento: «debemos reforzar infatigablemente las defensas de nuestro país y mantenernos vigilantes»; y, dada la situación internacional, «debería ser aún mayor la preparación para el combate del Ejército y la Marina» (46).

Ciertas afirmaciones de Gorbachov en el XXVII Congreso dan a entender que numerosos dirigentes soviéticos siguen compartiendo los criterios de Brezhnev; esto indica que Gorbachov puede haber encontrado resistencia interna, en especial, frente a su búsqueda continua por mejorar las relaciones con el Gobierno de los Estados Unidos, que —en apariencia— se muestra intratable. En el discurso de clausura, el Secretario General del P.C.U.S. reprendió a sus potenciales adversarios con las palabras siguientes:

«Desde luego que las fuerzas agresivas y militaristas preferirían también ahora congelar, perpetuar la confrontación. Pero, camaradas, ¿qué tenemos que hacer nosotros? ¿Dar un portazo? No está excluido que se nos empuje precisamente a ello. Pero nos damos perfecta cuenta de nuestra responsabilidad por los destinos del país, por la suerte de la paz. Y por ello no nos proponemos hacer el juego a quienes quisieran obligar a la humanidad a conformarse con la amenaza nuclear, con la carrera armamentista» (47).

Es posible que las medidas de Gorbachov provoquen reparos sobre todo en los jefes militares, a quienes —quizá— «preocupa que el deshielo de las relaciones soviético-norteamericanas pueda motivar que pierdan dominio sobre los recursos económicos de calidad» (48). Ello explica que Gorbachov podría tener problemas con sus jefes militares si persigue una orientación demasiado conciliadora con Washington, y de manera especial, si sus gestos quedan sin respuesta, como es el caso de la moratoria unilateral de los ensayos atómicos. Algunos científicos de dicho país, partidarios del control del armamento, insinuaron a colegas norteamericanos que, en importantes círculos militares, hay una oposición real a la moratoria.

Por otro lado, se puede afirmar que algunos dirigentes soviéticos —en especial, los más jóvenes— apoyan el carácter urgente de las reformas económicas propuestas por Gorbachov. Incluso una figura del prestigio del Mariscal Nikolai Ogarkov puso de relieve —apoyándose en Engels— que para contar con sólidas defensas es preciso robustecer la economía (49). Por su parte, el General de División M. Iasiukov también puso de manifiesto, en un artículo publicado en Octubre de 1985, los lazos entre los adelantos técnicos del campo civil y el poderío bélico. En dicha ocasión, Iasiukov también exigió «la aceleración del progreso científico-técnico» y, además, indicó que instrumentos radicalmente nuevos (como las máquinas-herra-

(46) El texto de las observaciones de Brezhnev se publicó en *Pravda*, del 28 de octubre de 1982.

(47) GORBACHOV, Mijail, «Palabras de Clausura», 6 de marzo de 1986, incluidas en «Informe político del Comité Central del P.C.U.S. al XXVII Congreso del Partido» (Editorial de la Agencia de Prensa Nóvosti, Moscú, 1986), pág. 135.

(48) PLOSS, Sidney I., «¿Una nueva era soviética?», «Foreign Policy», núm. 62 (Primavera de 1986), pág. 57.

(49) OGARKOV, Nikolai V., *Zashchita sotsializma: opyt istorii i sovremennost*. (La Defensa del Socialismo: La Experiencia de la Historia y el Presente), «Krasnaia zvezda», 9 de mayo de 1984.

mienta gobernadas por ordenador, los instrumentos-robot y la última generación de ordenadores) son «catalizadores básicos del progreso técnico-militar» (50). Es posible imaginar que los dirigentes y los jefes mencionados formen una coalición para apoyar restricciones a corto plazo del gasto militar en el interés de un fortalecimiento económico y militar a largo plazo (51). Miembros potenciales de esa coalición podrían ser aquellos dirigentes que participaron ampliamente en las negociaciones sobre control de armamento, y cuyas razones en pro de soluciones políticas para la seguridad común son, sin duda, favorablemente, acogidas tanto por el público soviético como por el occidental.

Parcería que Gorbachov efectivamente logró convencer en cierta medida a los militares de que apoyen su orientación en materia de asuntos de seguridad. Téngase en cuenta, por ejemplo, una de las principales concesiones de los soviéticos anunciada en la «Declaración de Enero», o sea, la oferta de desarmar todos los proyectiles SS-20 que apuntan a Europa, sin exigir contrapartidas respecto a las fuerzas atómicas francesa y británica. Antes, Moscú parecía dispuesto a conservar unos 140 cohetes, cantidad que, pese a su escasez, habría permitido igualmente destruir los blancos militares más importantes de Europa Occidental (52). La propuesta de suprimir todos los SS-20 que apuntan a Europa indica la necesidad de emplear otras armas para cubrir tales blancos, como los cohetes intercontinentales o los de alcance variable, lo que, desde el punto de vista militar, probablemente no sería la solución ideal ni mucho menos. Habida cuenta de lo anterior, no se debería descartar a la ligera las palabras con que el General Iuri Lebedev explicó la posición de Gorbachov sobre los SS-20, claro que para provecho de los periodistas occidentales. Según el citado jefe militar, se trató de una «decisión política» del Politburó, que, de manera explícita, hizo caso omiso de las razones de orden militar que habían llevado al emplazamiento de dichos proyectiles. Además, el General Lebedev afirmó que Gorbachov intentaba demostrar que «la dimensión política de la seguridad debía comenzar a sustituir la dimensión estrictamente militar, pues actualmente, la paridad por sí sola ya no sirve para fines de disuasión» (53).

Si esta interpretación es correcta reforzaría la impresión de que el aspecto fundamental de la «diplomacia del desarme» de Gorbachov es la

(50) IASUKOV, M., «Voennaia politika KPSS: Sushchnost' soderzhanie» («La orientación militar del P.C.V.S.: esencia y fundamentos»), *Kommunist vooruzkennykh Sil* («El comunista de las Fuerzas Armadas»), núm. 20 (Octubre de 1985), págs. 14 a 21. La cita se halla en la última página.

(51) Un enfoque similar es el de COLTON, Timothy J., «Civil-Military Relations in the Mid-1980s» («Las relaciones civiles-militares a mediados de los años ochenta»), en «Alexander Dallin & Condoleeza Rice, ed.»; «La era Gorbachov», (Stanford, CA: Stanford Alumni Association, 1986); y, con respecto a posibles intereses comunes de Gorbachov y Ogarkov, véase GOTTEMOLLER, Rose E., «Soviet Arms Control Decision-Making Since Brezhnev» («Las decisiones soviéticas sobre control de armamento desde Brezhnev»), en Roman Kolkowicz & Ellen Propper Mickiewicz, ed., «Los Cálculos Soviéticos de la Guerra Nuclear» (Lexington, MA: Lexington Books, 1986), pág. 93.

(52) Para el análisis sobre cómo los números presentados en las propuestas soviéticas se relacionan con las presuntas necesidades militares soviéticas, véase MCGWIRE, Michael, «Objetivos Militares de la Política Exterior Soviética» (Washington, DC: Brookings Institution, de próxima aparición).

(53) Steven Erlanger cita a Lebedev en el «Boston Globe», 3 de mayo 1986, según el «Arms Control Reporter», pág. 611.B.299-300.

decisión de sacrificar ciertos objetivos militares en aras de ventajas políticas, y además, que el Secretario General ha ganado para su causa a importantes sectores de las Fuerzas Armadas. Por ejemplo, en el otoño de 1985, los soviéticos comenzaron de forma unilateral a retirar 54 cohetes SS-20 con el fin de que la cantidad de éstos quedara en 243, es decir, la cifra de proyectiles emplazados antes de que los Estados Unidos comenzaron a instalar los Pershing II y los cohetes de crucero. Por consiguiente, fueron razones de orden político (demostrar la seriedad de sus intenciones en cuanto al control de armamento) las que llevaron a Moscú a retirar las armas pensadas para contrarrestar los nuevos cohetes norteamericanos, pese a que este país prosiguiera emplazando los mismos. Para los militares soviéticos no habrá sido nada fácil aceptar la medida mencionada (54).

Otra señal de que Gorbachov ha conseguido superar la oposición de los militares es la prórroga de la moratoria unilateral de ensayos atómicos. En el discurso de enero de 1986, el Secretario General reconoció que, «Por supuesto, tomar tal decisión no fue de modo alguno sencillo para nosotros. No es posible que la Unión Soviética unilateralmente se limite de manera indefinida respecto a los ensayos nucleares» (55). Evidentemente este tipo de declaraciones responde a intereses internos, si bien los antecedentes históricos indican que Gorbachov se encontraba sometido a fuertes presiones de los militares y la industria bélica que querían la reanudación de los ensayos. Nikita Jruschov —uno de los antecesores de Gorbachov— reveló en sus «memorias» que se había expuesto a presiones análogas al decretar una moratoria de ensayos similar (56). Sin embargo, a diferencia de Jruschov, Gorbachov resistió las presiones y ya ha decidido prorrogar la moratoria en varias oportunidades.

Una indicación importante del poder que posee Gorbachov para dar forma a la nueva orientación en materia de seguridad es el hecho que haya aceptado el principio de amplias medidas de verificación, entre las que se cuentan la inspección «in situ» y los vuelos de reconocimiento sobre el territorio soviético. Si bien durante mucho tiempo la Unión Soviética había estado aproximándose a la postura de aceptar mayores supuestos de verificación (especialmente, durante las negociaciones encaminadas a lograr la prohibición general de los ensayos) las nuevas ofertas superan con mucho a las anteriores. A corto plazo, los soviéticos deberían sacrificar en parte la actitud de reserva que siempre han considerado fundamental para las cuestiones de seguridad. No obstante, a largo plazo, el fomento de la mutua confianza, que hace posible las medidas de desarme, les permitiría ganar en seguridad. Parece que, una vez más, Gorbachov ha logrado convencer a los militares que su orientación es atinada, o en todo caso refutar las objeciones de éstos. Queda por ver hasta cuando podrá el nuevo Secretario General mantenerse en tal postura.

(54) *Ibid.*, pág. 403.B.350.

(55) *Zaiavlenie M.S. Gorbacheva*. (Nota 6), pág. 7.

(56) Transcripción de las memorias grabadas de Jruschov, Biblioteca del Instituto Harriman, Universidad de Columbia, págs. 940 y 941.

LAS OPCIONES DE GORBACHOV

Aunque muchas de las propuestas de desarme de Gorbachov iban dirigidas a Europa y Japón, no deben ser necesariamente consideradas intentos de provocar la división entre los Estados Unidos y sus aliados, como algunos han advertido. Más bien, parece que Gorbachov ha adoptado una estrategia doble: observar una actitud conciliadora hacia los Estados Unidos y extender al mismo tiempo sus relaciones diplomáticas con Europa, China y Japón, las cuales son, de hecho, actividades que se refuerzan mutuamente. En cierta manera, el hecho de acoger con interés las propuestas de los Estados Unidos es una condición previa para ganar crédito ante los aliados norteamericanos. Al mismo tiempo, de todas formas, los soviéticos pueden beneficiarse de la presión que Europa y Japón ejercen sobre los E.E.UU. para llegar a un convenio sobre control de armamento que restringiría, en el futuro, la rivalidad en torno a las armas emplazadas en el espacio. De cualquier manera, los soviéticos tienen las de ganar. Si aseguran un acuerdo serio con los Estados Unidos, estupendo. Si en cambio el gobierno de Reagan se muestra intransigente a los ojos de sus aliados de Europa y Japón, la Unión Soviética reforzaría su influencia en dichos países.

Aun así, la persistencia con que Gorbachov procura concluir un arreglo U.R.S.S.-E.E.UU. sobre control de armamento indica que un convenio de tales características continúa siendo una parte importante de su orientación respecto de los problemas económicos y de seguridad. La solución óptima para el Secretario General incluiría probablemente un acuerdo global entre ambas potencias, siguiendo las líneas de su propuesta de Enero, que permitiría detener la carrera de armamento en el espacio y conseguir reducciones importantes de las fuerzas ordinarias y las atómicas.

Es útil valorar los actuales esfuerzos de Gorbachov a la luz de la actividad que, en el pasado, desempeñó otro líder soviético para llegar a un arreglo similar. Nos estamos refiriendo a la campaña iniciada por Nikita Jruschov a mediados de los años cincuenta en pro del desarme ordinario y atómico a gran escala. En muchos aspectos, Gorbachov ha alcanzado una posición similar a la de Jruschov en 1955. Es probable que se encuentre, por ejemplo, en la misma fase de consolidación del poder. Gorbachov asumió el cargo después de un largo período de decadencia y estancamiento de la economía y la sociedad soviéticas, con la promesa de reorientar el país hacia la aceleración económica y la reforma radical (57). Como Jruschov, podría utilizar un éxito considerable en política exterior para reforzar su autoridad interna, y podría también aprovecharse del «respiro», por así decirlo, derivado de la mejora del clima internacional.

Además, si se llevaran a cabo las medidas fundamentales del plan de desarme de Gorbachov, ello redundaría en provecho de la seguridad de la U.R.S.S. igual que habría ocurrido con las propuestas de Jruschov en los

(57) GORBACHOV (nota 3), pág. 3-6 *et passim*. Véase también el trabajo de HOLLOWAY, David, *El Congreso del Partido Soviético*, «Bulletin of the Atomic Scientists», Vol. 42, núm. 5 (mayo de 1986), págs. 15 a 19.

años cincuenta (58). Dichas medidas lograrían reducir la amenaza atómica norteamericana en Europa; detener el aumento cuantitativo de los arsenales atómicos de Francia y de Gran Bretaña; conseguir la reducción de tropas ordinarias; contribuir —quizá— al alivio de la tensión política y del peligro de guerra; y finalmente, permitirían impedir que los E.E.UU. concibiesen una nueva generación de armas aprovechando la microelectrónica y otros adelantos tecnológicos.

De todos los motivos que impulsan a los soviéticos a buscar seriamente acuerdos de desarme con los Estados Unidos, el que parece más probable es el deseo de detener la carrera de armamentos en sus aspectos cualitativo y de empleo de los avances tecnológicos. Ello no significa, como sostienen algunos, que fue la «actitud firme» del Gobierno de Reagan (y, en particular, su gran interés por los medios tecnológicos de la llamada «Guerra de las Galaxias») la que «llevó a los soviéticos a la mesa de negociaciones». Es cierto que a éstos les preocupa que su técnica bélica se quede atrás respecto a la norteamericana. Esta preocupación se reflejó en los últimos años en la intensificación de sus esfuerzos para conseguir, en Occidente, los recursos técnicos necesarios, ya fuese por medios lícitos o ilícitos. (59) Pero la intensificación del empeño precede en muchos años al Gobierno del Presidente Reagan; en efecto, el interés de la U.R.S.S. por las nuevas armas norteamericanas se remonta al mismo comienzo de la carrera de las armas atómicas. Por ello, no es sorprendente que los soviéticos intenten dichas invenciones a través del control de armamento. De hecho, la idea de obstaculizar aquellos avances de la técnica bélica que entrañan la subversión del *status-quo* entre las superpotencias (con el fin de reducir el riesgo de guerra) es también uno de los antiguos objetivos de quienes, en los Estados Unidos, apoyan el control de armamento.

La adopción por la U.R.S.S. de este objetivo se ha visto reforzada por las pautas históricas de la carrera de armamento. El aspecto esencial de la rivalidad militar soviético-norteamericana es la relación entre los adelantos técnicos y la acumulación de armas nuevas. Las pautas que han surgido son las siguientes: los Estados Unidos logran avances de la técnica bélica, a los que, de entrada se opone la Unión Soviética, para más tarde copiarlos y fabricarlos en grandes cantidades. En consecuencia, armas que, al principio, concedían gran ventaja teórica a los Estados Unidos acaban por redundar en desventaja para ambas potencias cuando los soviéticos también las adoptan (60). Al menos, parece que ahora Moscú reconoce que esta práctica depara consecuencias impredecibles, costosas y potencialmente peligrosas.

(58) Sobre análisis al respecto, véase NOEL-BAKER, Philip, *La Carrera de Armamentos: Un programa para el Desarme del Mundo* (Nueva York: Oceana, 1958); y BLOOMFIELD, Lincoln P., CLEMENS, Walter C., Jr., and GRIFFITHS, Franklin, *Jrushov y la Carrera de Armamentos* (Cambridge, MA: Mitt Press, 1966).

(59) REGNARD, Henri (seud.), *L'U.R.S.S. et le renseignement scientifique, technique et technologique*, «Défense nationale» (diciembre de 1983), págs. 107 a 121; y «Soviet acquisition of Militarily Significant Western Technology: An Update» («Adquisición soviética de tecnología occidental de importancia militar: una actualización»), informe preparado por la CIA y publicado por el Ministerio de Defensa de los Estados Unidos en Septiembre de 1985.

(60) Para la exposición de este argumento, con ejemplos históricos, véase EVANGELISTA, Matthew, *Innovation and the arms race* (La innovación y la carrera de armamentos), (Ithaca, NY: Cornell University Press, de próxima aparición).

Antes que buscar la manera de oponerse a las nuevas armas, la Unión Soviética preferiría negociar su restricción; con tal fin, los soviéticos parecen dispuestos a hacer concesiones en el terreno donde tienen más fuerza: la fabricación en grandes cantidades y el emplazamiento de las armas ordinarias.

A mediados de los años cincuenta, Jruschov estaba dispuesto a aceptar la reducción considerable del armamento y las fuerzas ordinarias —el lado fuerte de Moscú— con el fin de evitar que los Estados Unidos instalasen con profusión en Europa el adelanto del momento: las armas atómicas tácticas. Pero desgraciadamente, el Gobierno norteamericano no se mostró dispuesto a sacrificar su supremacía técnica, y así acabó uno de esos raros «momentos de esperanza», que algunos observadores han comparado con la situación actual (61).

Es posible que el actual «momento de esperanza» también toque a su fin. Las reacciones del Gobierno de Reagan a las últimas propuestas soviéticas no son muy prometedoras respecto a la firma de un convenio serio, al menos del tratado global que preferiría Moscú. A pesar de las importantes concesiones hechas por el Kremlin, los Estados Unidos han ofrecido muy poco a cambio.

Si bien Gorbachov parece estar a favor de un convenio de desarme amplio del mismo tipo que propuso en enero de 1986, sus declaraciones indican que se halla dispuesto a estudiar tantos acuerdos intermedios como puedan surgir. Según parece, había intentado conseguir con relativa prontitud —por ejemplo, antes de una cumbre— un convenio sobre los cohetes de medio alcance en Europa o sobre la prohibición de ensayos. Por tal razón, arriesgó posturas conciliadoras de gran importancia, en esencia, la aceptación de la postura norteamericana sobre la primera de ambas cuestiones, y la observancia de la moratoria unilateral a largo plazo y la tolerancia de la inspección «in-situ», respecto de la segunda. Además, Gorbachov sostuvo que las cuestiones mencionadas podían solucionarse antes de resolver el problema de la I.D.E. (Iniciativa de Defensa Estratégica). Sin embargo, todos estos pasos chocaron con la intransigencia de la Casa Blanca.

No es sorprendente que los soviéticos esperasen un pronto arreglo sobre cohetes de medio alcance. Su propuesta estaba muy cerca de la «Opción Cero» que el Presidente Reagan había presentado en 1982, en virtud de la cual la Unión Soviética debería destruir todos los proyectiles de medio alcance SS-4, SS-5 y SS-20 que tenía emplazados en todo el mundo. A cambio, los Estados Unidos se abstendrían de emplazar sus nuevos cohetes de crucero y Pershing II, aunque no limitarían las armas de despliegue avanzado en Europa ni concederían a los soviéticos ninguna compensación por los arsenales británico y francés. En el fondo, la «Opción Cero», creó una categoría artificial de cohetes terrestres de medio alcance —categoría en la cual los soviéticos tenían ventaja—, al tiempo que dejaba de lado las ventajas compensatorias occidentales en cuanto a los aviones de despliegue

(61) Un estudio sobre el «momento de esperanza» se puede hallar en Noel-Baker (nota 58). Para un análisis analógico con la situación presente, véase MAYNES, Charles William, «Gorbachov: A serious Offer» (Gorbachov: Una oferta seria), «Los Angeles Times», 19 de enero de 1986.

avanzado, los submarinos asignados a la O.T.A.N. y los portaaviones con aparatos provistos de armas atómicas.

Los partidarios de la «*Opción Cero*» en el seno del Gobierno de Reagan no la defendían por tratarse de una propuesta realista, sino por su valor propagandístico. Tenían la esperanza —y no se equivocaron— que el rechazo de la oferta de Reagan contribuiría a preparar a la opinión pública europea para emplazar los nuevos proyectiles norteamericanos (62). En sus memorias, Alexander Haig —a la sazón, Ministro de Asuntos Exteriores— admitía que la propuesta de Reagan era totalmente desigual y que no podía esperarse la aceptación soviética. En efecto, Haig sabía que la propuesta «levantaría la sospecha que a los Estados Unidos sólo les interesaba utilizarla con fines de propaganda o, peor aún, que participaban con mala fe en las negociaciones sobre armamento tan sólo para encubrir la intención de fortalecer su arsenal atómico.» (63)

Pese a todo, resulta notable la similitud entre dicha propuesta y la presentada por Gorbachov. El único punto en que ambas diferían es la cuestión de los SS-20 que la U.R.S.S. posee en Asia. Washington quería el desmantelamiento de los mismos, mientras que Moscú sólo estaba dispuesto a respetar la cantidad actual de esos proyectiles. Sin embargo, una semana antes del discurso de Enero de Gorbachov, se decía que los negociadores norteamericanos estaban preparando un conjunto de propuestas que incluía la «*Opción Cero*» y la «congelación» de los SS-20 de Asia para presentar ante la delegación soviética en Ginebra (64). De este modo, Gorbachov proponía literalmente lo mismo que el plan del Gobierno de Reagan sobre cohetes de alcance medio. Los soviéticos se habían conformado con una definición artificial de lo que iba a negociarse, obligándose por ello a hacer las concesiones más importantes, cosa que han cumplido. En consecuencia, el Gobierno norteamericano se vería obligado a admitir que, de hecho, no era partidario de la «*Opción cero*». En lugar de eso, propuso simplemente, que cada parte redujera el número de los cohetes de alcance medio. Los soviéticos transigieron de nuevo y se acercaron más a la nueva postura norteamericana: se ha dicho que Moscú propuso un convenio interino sobre cohetes de alcance medio en virtud del cual cada parte podría poseer en Europa cien ojivas atómicas en dicho género de cohetes.

Por lo que se refiere a la prohibición de los ensayos, los soviéticos se han mostrado igualmente transigentes. Sea como fuere, cuantas más concesiones hacen, más fecunda resulta la imaginación del Gobierno de Reagan a la hora de idear razones para rehusar sumarse a la moratoria. Los empeños del Gobierno norteamericano para justificar el rechazo de la prohibición global de los ensayos tienen algo en común con la piel de la cebolla: cuando una capa de motivos racionales queda desacreditada, otra aparece en su lugar. En un primer momento, la Casa Blanca sostenía que la moratoria unilateral no costaba nada a los soviéticos, puesto que habían terminado ya todos los ensayos anuales. Pero a medida que pasan las prórrogas, a

(62) TALBOTT, Strobe, *Deadly Gambits: The Reagan Administration and the Stalemate in Nuclear Arms Control* (Tácticas mortales: el Gobierno de Reagan y el estancamiento del control de armas atómicas), (Nueva York: Random House, 1984).

(63) HAIG, Alexander M., *Caveat: Realism, Reagan, and Foreign Policy* (Advertencia: Realismo, Reagan y Política Exterior), (Nueva York: Macmillan, 1984), pág. 229.

(64) «Arms Control Reporter», pág. 403.B.354.

Washington le resulta cada vez más difícil mantener esta postura. Los soviéticos han renunciado a los veinte o treinta ensayos que hubieran llevado a cabo normalmente en el curso de un año si no fuera por la moratoria. Desde el punto de vista del Ejército soviético, esta restricción supuso evidentes costos para el programa bélico, y en consecuencia es probable que haya provocado fuertes críticas del cuerpo de oficiales. Por tanto, los altos cargos del Gobierno norteamericano cambiaron inmediatamente de dirección y presentaron razones por las cuales el tratado EE.UU.-U.R.S.S. sobre prohibición global de los ensayos atómicos sería en principio desaconsejable. Entre dichos motivos figuraba la idea que un convenio de tales características alentaría a otros países a fabricar armas atómicas, opinión que el Diputado Edward Markey desechó por considerarla «evidentemente ridícula y orwelliana.» (65)

En cuanto al asunto de la verificación, los soviéticos intentaron despejar las dudas de Washington aceptando el criterio de verificación «in-situ» y, finalmente, invitando a que los científicos norteamericanos instalasen sismógrafos cerca de los polígonos atómicos.

Un directivo de un laboratorio norteamericano de armas atómicas se opuso a la propuesta de los soviéticos aduciendo que éstos podrían trampear y realizar dichos ensayos en el espacio exterior: «Podrían irse más allá de Marte, en cuyo caso nosotros también tendríamos que ir más allá de Marte para inspeccionar.» (66)

Por irónico que parezca, la reanudación de los ensayos sería la «concesión» soviética que más agradaría al Gobierno de Reagan, pues así se libraría de las presiones que le impiden justificar sus propias explosiones atómicas. El Presidente Reagan también demostró interés por un acuerdo para proseguir los ensayos con carácter restringido, limitándolos a una cantidad anual determinada. Una medida de este tipo haría poco en favor de la limitación de la carrera de armamento, y además, desperdiciaría la gran oportunidad que brinda la moratoria soviética para alcanzar uno de los antiguos objetivos de los EE.UU. en materia de control de armamento, o sea, la prohibición general de los ensayos atómicos.

Respecto a la I.D.E. los soviéticos han pasado del rechazo absoluto de toda investigación sobre dispositivos de defensa a reforzar el tratado ABM con el fin de impedir el programa de la «Guerra de las Galaxias». La Unión Soviética propuso que cada parte se comprometiera a respetar dicho tratado durante un período de entre diez y quince años, y ofreció, a cambio, importantes reducciones de sus fuerzas estratégicas. El gobierno de Reagan, a su vez, indicó que estaría dispuesto a observar el tratado ABM, aunque únicamente por otros siete años y medio, y ello siempre que los soviéticos estén de acuerdo en aceptar el emplazamiento de la «Guerra de las Galaxias» a continuación; se trata, en fin, de una propuesta llena de cinismo, puesto que sería técnicamente imposible poner en funcionamiento un dispositivo de defensa serio en tan corto tiempo. Si Gorbachov firmara este acuerdo, contribuiría a desmantelar un tratado que su propio Jefe de

(65) GWERTZMAN, Bernard, «La nueva justificación de los Estados Unidos sobre los ensayos atómicos», «New York Times», 22 de abril de 1986.

(66) BROWN, Paul, del Laboratorio Lawrence Livermore, citado en el «Arms Control Reporter», pág. 608.B.99.

Estado Mayor calificó de el más importante «obstáculo de la carrera de armamento estratégico.» (67)

Los soviéticos han hecho importantes concesiones con el fin de llegar a un arreglo con el Gobierno de Reagan. Han aceptado la exclusión los cohetes de alcance medio británicos y franceses de un posible convenio, y tal vez, incluso, permitir la modernización de los mismos; han aceptado la posición norteamericana relativa a los cohetes de alcance medio que debían negociarse; han tomado en consideración el aumento de la cantidad máxima de ojivas estratégicas; y finalmente, no han puesto límites al emplazamiento en navíos de los cohetes de crucero norteamericanos. Pese a todo, Gorbachov ha encontrado dificultades para conseguir que el Gobierno de Reagan aceptara incluso sus propias propuestas, como la «Opción Cero», por no mencionar los antiguos objetivos en materia de control de armamento, como la prohibición general de los ensayos. Moscú ya no puede avenirse más con la posición propugnada por Reagan de «más armas, menos control de armamento», pues se arriesga a que pierda sentido toda su campaña en pro del desarme. Quien quizá mejor captó el contraste entre las propuestas conciliadoras soviéticas y la inflexible actitud de los EE.UU. es el caricaturista Jules Feiffer, que anticipa lo que ocurriría en el mes de enero de 1988, y que, sin duda, se inspira en lo sucedido dos años antes. La leyenda de la caricatura reza lo siguiente: «El Gobierno norteamericano rechaza la oferta soviética de disolver el Politburó y reinstaurar el zarismo, ya que no es «ninguna novedad»... Reagan gana puntos.» (68)

Si va a haber un tratado importante sobre armas atómicas, evidentemente, deberá hacerse según las condiciones que fije Reagan. En realidad, son muy escasas las posibilidades de que se llegue a celebrar un tratado general soviético-norteamericano de acuerdo con las pautas de la propuesta de desarme original de Gorbachov. En consecuencia, al dirigente soviético le quedan tres grandes opciones en materia de seguridad. En primer lugar, podría abandonar las negociaciones con Washington por considerarlas inútiles, ceder el paso a los halcones de su bando y tomar parte en una carrera de armamentos desenfundada a expensas de la modernización industrial. Por otra parte, podría aceptar un convenio sobre armamento como el querido por Reagan, que permitiría rebajar los límites superiores de las fuerzas ofensivas y, a la vez, legitimaría el perfeccionamiento de los dispositivos de defensa estratégicos. De tal manera, se podría canalizar la carrera de armamentos hacia las armas espaciales, los cohetes balísticos antitácticos emplazados en Europa y las armas ordinarias ultramodernas. O bien, por último, Gorbachov podría dejar que los Estados Unidos llevaran adelante la carrera de armamento en solitario, y procurar la firma de convenios multilaterales sobre seguridad en Europa y Asia, así como confiar en los límites unilaterales y en la mejora de las relaciones comerciales para fortalecer la economía. Esta última opción podría incluir la continuación de negociaciones formales con el Gobierno de Reagan, a fin de no ganarse la antipatía de la opinión pública norteamericana, aunque cuenta con pocas posibilidades de llegar a un arreglo.

(67) AJROMEIEV. *Dogovor po PRO*. (Nota 23), pág. 4.

(68) Publicado en el «Washington Post», 2 de marzo de 1986. Agradezco a Jonathan Haslam que me lo hiciera notar.

La primera opción —la carrera de armamento sin restricciones— beneficiaría muy poco a la Unión Soviética. Aunque, en principio, Gorbachov podría justificar el abandono de sus ambiciosos planes económicos aduciendo la actitud intransigente y el aumento de la amenaza bélica de los EE.UU., en la práctica, tal actitud perjudicaría muy gravemente su prestigio personal, y la economía y el pueblo soviéticos.

Por otra parte, Gorbachov —quizá, a propósito— dispuso las cosas de manera que a él mismo le fuese difícil cambiar de postura. Por ejemplo, permitió la publicación en *Pravda* de una copia completa de las observaciones hechas en su presencia por científicos extranjeros, quienes sostenían que los soviéticos debían atenerse a la moratoria de ensayos unilateral, incluso a pesar de la intransigencia norteamericana. Por lo menos el profesor Frank von Hippel, de la Universidad de Princeton, subrayó que las nuevas armas atómicas no alteran el hecho que los Estados Unidos y la Unión Soviética son capaces de destruirse mutuamente. Otros científicos occidentales sostenían que los soviéticos no debían temer quedarse atrás respecto a los EE.UU. por el hecho de prorrogar la moratoria (69). Mediante la publicación de tales opiniones, Gorbachov parece indicar que está de acuerdo con ellos.

También en otros sentidos parece que Gorbachov se ha atado las manos. En el transcurso de una entrevista que concedió en el mes de noviembre de 1986 al periódico checoslovaco *Rudé Právo* (entrevista que apareció en numerosas publicaciones soviéticas, incluido el diario del Ministerio de Defensa), Gorbachov manifestó lo siguiente sobre los Estados Unidos e, indirectamente, sobre su propio país: «Si se busca la superioridad militar, no se necesita la moratoria; si se quiere continuar la carrera de armamentos, sobre todo, llevarla a nuevas esferas, el espacio cósmico, no hace falta la moratoria.» (70) Durante su aparición en la televisión soviética, en la cual se refirió a las consecuencias de los ensayos atómicos para el medio ambiente, Gorbachov manifestó que «la continuación de esas pruebas causa un daño enorme, que posiblemente no se ha estudiado aún hasta el fondo, a la naturaleza, al entorno mismo en que vivimos. ¿Acaso no estamos obligados a cuidar de nuestro propio hogar? Y no sólo por nosotros, sino también por nuestros hijos y por nuestros nietos.» (71) Parece improbable que Gorbachov quiera ser acusado de los mismos cargos de los que él acusa a los Estados Unidos, lo que ocurriría si decidiese romper las negociaciones, reanudar los ensayos atómicos y embarcarse en otra campaña de acumulación de armamentos. Es más probable que el dirigente soviético intente evitar «dar el portazo» a las negociaciones durante tanto tiempo como le sea posible, al menos hasta que llegue nuevo Gobierno en Estados Unidos.

(69) *Vstrecha M.S. Gorbacheva s predstaviteliami mezhdunarodnogo foruma uchenykh za prekrashchenie iadernykh ispytanii.* («Encuentro con los representantes del foro internacional de científicos por el cese de las pruebas nucleares»), *Pravda*, 15 julio de 1986. (N. del T.: Hay versión castellana: GORBACHOV, Mijail, *La moratoria*, Editorial de la Agencia de Prensa Novosti, Moscú, 1986. Págs. 141 a 158).

(70) *Otveti M.S. Gorbacheva na voprosy glavnogo redaktora gazety 'Rude pravo' tovarshcha Zdeneka Gorzheni.* («Respuestas a Zdeňek Hořeni, Redactor Jefe del diario "Rude Pravo"»), «Krasnaia zvezda» (Estrella Roja), 9 de septiembre de 1986. Apareció también en otros periódicos soviéticos. (N. del T.: *Ibid.* nota 69, págs. 187 a 204.)

(71) Intervención de Mijail Gorbachov en la televisión soviética, 29 de marzo, 1986 (Moscú: Novosti, 1986), pág. 4. (N. del T.: *Ibid.* nota 69, págs. 75 a 83.)

La segunda opción de Gorbachov sobre seguridad —la firma de convenios que permitirían la continuación de la carrera de armamentos— tampoco beneficiaría demasiado a la Unión Soviética. Gorbachov parece darse cuenta de ello por lo que se refiere a la prohibición de los ensayos. Por ejemplo, según manifestó a *Rudé Právo*, nunca estaría satisfecho con un «arreglo entre la posición soviética y la norteamericana (sobre ensayos atómicos), que no sea la prohibición total, sino cierta 'regulación'.» Aseguró que no rechazaba el arreglo en general, pero dijo que «la idea de la 'regulación' en lugar de la prohibición me parece a mí incorrecta en principio» (72). En consecuencia, si bien Gorbachov está dispuesto a negociar tratados que contribuyan a la seguridad soviética —como las medidas que se acordaron en la Conferencia sobre Desarme de Estocolmo—, es improbable que acepte lo que —según Reagan— sería un buen tratado sobre control de armamentos, o sea, olvidarse de los tratados ABM y SALT II y proseguir la carrera de armamento con dispositivos de defensa espaciales. Tan sólo sería admisible que Gorbachov firmara un convenio de dichas características si estuviera expuesto a una gran presión interna para llegar a algún arreglo con los norteamericanos, del que después podría valerse para justificar el recorte de los programas militares soviéticos. Sin embargo, el arreglo al estilo de Reagan sería seguramente más útil para los adversarios de Gorbachov, pues les permitiría legitimar el refuerzo del poderío bélico, en especial, de las armas defensivas.

Este resultado únicamente lograría exacerbar las dificultades económicas de la Unión Soviética. Ello es algo que los altos cargos del Gobierno de Reagan parecen entender al revés, pues es opinión general que las dificultades económicas de los soviéticos les llevarán a firmar el tipo de convenio sobre control de armamentos que quiere la Casa Blanca, cuando, en realidad, es precisamente dicho convenio el que supondría una gran carga para la economía soviética. En contraste con el plan original de desarme de Gorbachov, que reduciría las fuerzas ordinarias y atómicas e impediría la carrera del armamento espacial, la propuesta norteamericana alentaría a los soviéticos a imitar el dispositivo de defensa de la «Guerra de las Galaxias»; a continuar los ensayos atómicos; a emplazar los cohetes de crucero en navíos; a perseguir la modernización de las fuerzas atómicas tácticas y; por último, a invertir en armas ordinarias ultramodernas. La propuesta de los Estados Unidos no prevé el control de armamentos y, desde luego, no permitiría que los soviéticos ahorrasen ningún dinero. Lo que la Unión Soviética debe hacer para revitalizar su economía no es aprobar la continuación de la rivalidad bélica mediante la celebración de un tratado sobre «control de armamentos» con el Gobierno de Reagan, sino reducir los compromisos y los gastos de defensa y buscar en el exterior fuentes para comerciar y conseguir recursos técnicos.

Este es el objetivo que parece guiar la campaña de desarme de Gorbachov, y permite explicar por qué sus miras van mucho más allá de la mesa de negociaciones de Ginebra. En su entrevista a *Rudé Právo*, Gorbachov se refirió explícitamente a las consecuencias que suponen los gastos militares para la economía. Haciendo alusión a posibles «intentos de minar

(72) Entrevista con *RUDÉ PRÁVO*, reimpressa en «Krasnaia zvezda», 9 de septiembre de 1986. (N. del T.: Véase la nota núm. 71).

por medio del armamentismo a la U.R.S.S., al socialismo mundial», el dirigente soviético afirmó que «haremos todo lo posible para no permitir que nos desvíen tan pérfidos planes», tomando medidas diplomáticas, militares, políticas, propagandísticas, y «sobre todo, económicas.» Gorbachov repitió las ideas relativas a la mejora de la productividad y la administración del país de las que ya había hablado en discursos anteriores, y añadió que «el trabajo cualitativo de los soviéticos, de los trabajadores de los países de la comunidad socialista, es también, al mismo tiempo, una aportación a la causa de la paz.» Si la economía de la U.R.S.S. se debilita añadió Gorbachov, «se refuerza la presión de los enemigos del socialismo (...)» Pero si «nos hacemos más fuertes, más sólidos, en el plano económico, en el social, en el político, aumenta al unísono el interés del mundo capitalista por mantener relaciones normales con nosotros.» Estas no son las palabras de alguien que se halle dispuesto a abandonar sus planes de reactivación económica para comprometerse en una carrera de armamentos desenfadada con los Estados Unidos.

Sin embargo, de lo anterior no se deduce que la tercera opción de Gorbachov, o sea, la limitación unilateral, sea fácil de llevar a la práctica. En la fase actual de la carrera de armamento, los Estados Unidos continúan emplazando la última serie de proyectiles de gran precisión, es decir, el MX, el Trident D-5, el Pershing II, y el cohete de crucero. Los Estados Unidos siguen también con gran interés los adelantos técnicos en materia de procesamiento de datos, sensores, de localización de blancos, y en aquellos otros campos relativos al programa de defensa de la «Guerra de las Galaxias», amén de las armas ordinarias de ataque en profundidad. Por el contrario, los soviéticos todavía están por culminar el emplazamiento de cohetes estratégicos de ojivas múltiples, de mayor precisión, lo cual les ha supuesto gastos ingentes. Parece además que la U.R.S.S. intenta alcanzar a los EE.UU. en otros terrenos, como la tecnología de los cohetes de crucero, y el perfeccionamiento de la precisión de los cohetes de gran alcance emplazados en submarinos. Por otra parte, la U.R.S.S. está muy atrasada respecto a los Estados Unidos en terrenos que se consideran esenciales para la «Guerra de las Galaxias», es decir, la microelectrónica y los programas para ordenador (73). Cabe preguntarse por consiguiente si los soviéticos estarían dispuestos a limitar con carácter unilateral sus programas militares en aras de la reforma económica, incluso si ello significara permitir que los Estados Unidos logren grandes progresos en la carrera de armamentos.

Hay indicios para pensar que lo harían, o sea que considerarían la idea de abandonar el juego de números de la carrera de armamentos, pues ya no ven la urgencia de rivalizar con todos los avances norteamericanos. Estos indicios se encuentran no sólo en las obras de académicos soviéticos que asesoran el Gobierno, (74) sino también en las declaraciones de militares de alto rango. Uno de ellos, el Mariscal Ogarkov (antiguo Jefe del Estado Mayor General) sostuvo que las dos superpotencias habían «aumentado en

(73) Informe del Ministro de Defensa al Congreso, Año Fiscal de 1987 (Washington, DC: US Government Printing Office, 1986) Tabla III. E.1, *Posición relativa de la U.R.S.S. y los EE.UU. en las veinte ramas fundamentales de la técnica*, pág. 225.

(74) Para el examen general de las últimas declaraciones al respecto, véase LITHERLAND, Patrick, *Armas Atómicas: ¿carrera de un solo caballo?* en «Detente», núm. 6 (Primavera de 1986), págs. 7 a 9.

exceso el poderío bélico, en especial, el de armas atómicas». Ogarkov manifestó asimismo que «dada la cantidad y variedad de proyectiles atómicos que se posee en la actualidad, es sencillamente imposible que una de las partes destruya con un solo ataque las armas análogas de la otra», pues la represalia sería inevitable. Además, los arsenales de armas atómicas que mantienen ambas potencias «son verdaderamente absurdos desde el punto de vista militar.» «No se requiere ser especialista en cuestiones militares», añadió Ogarkov, «para entender que cada vez tiene menos sentido el acrecentamiento de tales arsenales.» (75) La deducción lógica de las afirmaciones de Ogarkov es que los soviéticos no necesitan preocuparse tanto de mantener la paridad numérica exacta con los Estados Unidos en el terreno de las armas atómicas, sino que, por el contrario, podrían arriesgarse a tomar medidas de reducción unilateral. Es demasiado pronto para decir si ésta es la conclusión a la que Gorbachov ha llegado. De todas maneras, la propuesta soviética de dismantelar los SS-20 sin exigir, a modo de compensación, la reducción de las fuerzas atómicas británicas y francesas puede reflejar la influencia de este punto de vista.

Según parece, el planteamiento que acabamos de exponer también guía la actitud de la U.R.S.S. ante el proyecto norteamericano de la «Guerra de las Galaxias». Es obvio que algunos de los principales consejeros en cuestiones espaciales explicaron a Gorbachov algo que para los expertos norteamericanos también resulta evidente: es mucho más barato destruir el dispositivo de la «Guerra de las Galaxias» que construir uno similar. Como señaló Gorbachov en la cumbre de Ginebra, celebrada en noviembre 1985, «nuestra respuesta (a la «Guerra de las Galaxias») será menos costosa, y podrá llevarse a cabo en menos tiempos.» (76) En declaraciones ante el público soviético, Gorbachov puso énfasis en que, si los Estados Unidos prosiguen con la «Guerra de las Galaxias», «encontraremos una respuesta convincente, y no necesariamente en el espacio exterior.» Afirmó también que la Unión Soviética puede igualar a los Estados Unidos en tecnología bélica, pero que Moscú preferiría no seguir «la absurda lógica norteamericana de los armamentos.» Gorbachov insistió en que la oposición de la U.R.S.S. a las armas espaciales no era «una cuestión de temor a quedar rezagados», sino «una cuestión de responsabilidad»; la reacción a los intentos de arruinar la economía soviética mediante la carrera de armamento consiste en robustecer aquella, pues «una economía fuerte y saludable garantiza el éxito de la política de paz. Tal es el lazo entre la política nacional y la exterior.» (77)

Los soviéticos, entonces, pueden decidir la puesta en práctica de medidas baratas para contrarrestar la I.D.E. con tal de no sacrificar sus objetivos económicos. Las actuales fuerzas de cohetes estratégicos constituyen la contramedida más barata a corto plazo. La Unión Soviética podría también dotar de mayor cantidad de ojivas —reales o falsas— a los cohetes que ya tiene

(75) OGARKOV, N. V. *Istoria uchit' buditel'nosti*. («La Historia Enseña Vigilancia») (Moscú: «Voenizdat», 1985) págs. 88 y 89.

(76) Citado en BOLSHAKOV, B. B., GRIGOREV, E. E. y KOLESNICHENKO, T. A. *Zheneva: kak eto bylo*. (Ginebra: «Cómo fue») (Moscú: izd. *Mezhdunarodnye otnosheniia*), pág. 112.

(77) GORBACHOV, Mijail. *Bystree perestraivat' sia, deistovovat' ponovomu*. («Cambiar rápidamente de punto de vista, actuar de forma diferente») (Moscú: Politizdat, 1986), en especial, las págs. 43 a 45.

con el fin de «saturar» el dispositivo de la «Guerra de las Galaxias». Para frustrar los planes norteamericanos de interceptar los cohetes soviéticos en la «fase de aceleración», posterior al lanzamiento, la Unión Soviética podría fabricar numerosos cohetes de aceleración carentes de ojiva, que permitirían saturar dicha capa del mencionado dispositivo. Esta solución se apoya en la capacidad de la industria bélica soviética, que produce grandes volúmenes de cohetes. En un futuro algo más lejano, la Unión Soviética podría perfeccionar los cohetes de aceleración de combustión rápida que permitiesen el lanzamiento de proyectiles antes de que los interceptores norteamericanos tuvieran tiempo de ser disparados (78). Otro recurso para eludir los radares norteamericanos consiste en el empleo de cohetes de crucero de vuelo rasante y de los adelantos técnicos de que está dotado el avión norteamericano «invisible». En efecto, la predilección de la U.R.S.S. a renunciar a la limitación de los cohetes de crucero puede derivarse de la opinión que tales armas brindan un medio relativamente barato para vencer las defensas norteamericanas. La idea consiste en emplear con profusión pequeños cohetes de crucero en los navíos soviéticos —tanto de guerra como mercantes—, poniéndolos así virtualmente a salvo de la detección.

Sean cuales sean las contramedidas que la Unión Soviética acabe por tomar, lo cierto es que necesita perfeccionar muchas ramas de la técnica en que se funda la «Guerra de las Galaxias», sobre todo la informática y la microelectrónica, esenciales ambas para la clase de fomento «intensivo» de la economía que los soviéticos quieren conseguir (79). De todos modos, ello no significa necesariamente —como han afirmado algunos observadores occidentales— que Gorbachov apruebe la «Guerra de las Galaxias», y que, en efecto, «la I.D.E. es maná del cielo para el líder soviético», pues refuerza sus ideas en pro de la reforma económica. (80) En el encuentro que mantuvo en julio de 1986 con científicos soviéticos y extranjeros, Gorbachov dedicó gran parte de su intervención al asunto de si «la I.D.E. es una vía hacia el desarrollo de la ciencia, hacia nuevas cúspides del progreso científico técnico.» «¿Acaso —preguntó— no podemos hacer avanzar la ciencia, la tecnología y todos los componentes del conocimiento científico, incluyendo la creación de nuevos materiales, la electrónica, la computación, las matemáticas, etc., haciendo realidad los proyectos civiles?» A continuación, enumeró detalladamente los avances que se habían conseguido mediante la cooperación científica internacional en áreas como la exploración espacial, y llegó a la conclusión de que «el argumento de que la ciencia y la tecnología pueden desarrollarse sólo por medio de la carrera ornamentista, es un argumento absurdo.» (81)

(78) Para el estudio de éstas y de otras contramedidas soviéticas, véase MEYER, Stephen M., «Los programas estratégicos soviéticos y la I.D.E. soviética», «Survival», Vol. 27, núm. 6 (noviembre-diciembre 1985), págs. 274 a 292; y HOLLOWAY, David, *La Iniciativa de Defensa Soviética y la Unión Soviética*, «Daedalus», Vol. 114, núm. 3 (verano 1985), págs. 257 a 278.

(79) RIZKOV, Nikolai, «Sobre las Orientaciones fundamentales del desarrollo económico y social de la URSS en 1986-1990 y hasta el año 2000» (Editorial de la Agencia de Prensa Nóvosti, Moscú, 1986).

(80) Este argumento es expuesto fundamentalmente por HOUGH, Jerry F.; la cita está sacada de su «La interpretación y la actitud de la U.R.S.S.», en «El Control de Armamento y la Iniciativa de Defensa Estratégica: Tres Perspectivas», Occasional Paper 36 de la Fundación Stanley (octubre 1985), pág. 11.

(81) *Pravda*, 15 julio de 1986, pág. 2.

Si Gorbachov piensa realmente lo que dice, podría destinar los recursos del país directamente a reformar el sector civil de la economía a expensas de los proyectos bélicos, sin tener en cuenta lo que hagan los Estados Unidos. La revitalización de la técnica para fines civiles fortalecería, a su vez, el futuro potencial bélico de Moscú. Del mismo modo, Gorbachov debe conocer y recomfortarse con la predicción que muchos han hecho en Occidente: si los futuros Gobiernos respetan el apoyo de Ronald Reagan a la «Guerra de las Galaxias», ello contribuirá al debilitamiento de la economía norteamericana, e incluso agotará los recursos de otros proyectos bélicos. También es posible que Gorbachov tenga en cuenta la probabilidad de que aumenten las discusiones en el seno de la OTAN. Respecto a la «Guerra de las Galaxias», en el caso de que los soviéticos rechacen la «lógica» de la carrera de armamento y se nieguen a crear su propio dispositivo de defensa espacial.

De este modo, incluso en ausencia de un «gran arreglo» con los Estados Unidos (que supondría el abandono de la «Guerra de las Galaxias» a cambio de que la U.R.S.S. reduzca considerablemente sus cohetes terrestres), Gorbachov podría estar dispuesto a llevar a cabo muchas de sus propuestas de desarme, con la esperanza de cosechar considerables dividendos económicos y políticos. Después de todo, la carrera de las armas atómicas y los costos a corto plazo que ocasionan los empeños para contrarrestar la I.D.E. no son la principal causa del agotamiento de los recursos militares soviéticos. La manera más directa de ahorrar en el presupuesto militar es desmovilizar a los soldados y darles libertad para trabajar en el sector civil (tan necesitado de mano de obra), y asimismo dilatar las compras de armas ordinarias (82). Mientras que el mantenimiento de grandes cantidades de reclutas cuesta relativamente menos que el del ejército voluntario norteamericano, resultan en cambio muy elevados los costos coyunturales derivados del hecho que la mano de obra pierda millones de trabajadores durante años enteros —especialmente en un período en que disminuye el crecimiento de la productividad del trabajo y se reduce la oferta de mano de obra en las principales regiones industriales del país.

Esta consideración hace que todas las propuestas conciliadoras de Gorbachov a Europa occidental y el Pacífico sean aún más importantes para su orientación en materia de seguridad y para sus planes de reactivación económica. La mejora de las relaciones con China, por ejemplo, podría permitir la retirada de importantes contingentes militares que actualmente se hallan destacados en la frontera con dicho país. Por su cuenta, los chinos ya comenzaron a licenciar a un millón de hombres y parecen dispuestos a llegar a cierta reconciliación con el nuevo gobierno soviético (83). A Gorbachov también le gustaría restañar la «herida sangrante» —como denomina a Afganistán— y «devolver a la patria, en un

(82) Este argumento sigue en algunos aspectos al expuesto en el artículo «*La dirección de las relaciones soviético-norteamericanas*» de Hough, Jerry F., «*World Policy Journal*», Vol. 3, núm. 1 (invierno 1985-86).

(83) BONAVIA, David, *No More the Sacred Warriors* («*Adiós a los santos guerreros*»), pág. 60; y NATIONS, Richard, *Peace, Pride and the rise to World Power* («*La paz, el orgullo y el ascenso del poder mundial*»), págs. 65 a 69, ambos en el «*Far Eastern Economic Review*», 20 de marzo de 1986.

futuro muy próximo, las tropas allí destacadas.» (84) Además, el dirigente soviético desea disminuir el temor a la «amenaza soviética» que se siente en Europa, con la esperanza de que este alivio de la tensión podría permitir el estudio de cierta reducción de la presencia militar soviética en la Europa Oriental.

El aspecto económico de la estrategia de Gorbachov parece dar preponderancia a los nuevos países industrializados, en concreto a los importantes regímenes moderados del Tercer Mundo, como la India, México y Arabia Saudí. Es posible que confie en mejorar las relaciones con dichos países a fin de abrir los mercados de éstos a las mercancías soviéticas, pues el fin último consiste en aprovechar las presiones competitivas del mercado de importación para modernizar la industria de la U.R.S.S. (85). En un principio, ello podría perjudicar al consumidor soviético, pero a la larga beneficiaría en gran medida a la economía y la conduciría a la tercera revolución industrial. A la par que busca relaciones con los países moderados del Tercer Mundo —quizá, con tales objetivos económicos en mente—, la Unión Soviética ha rebajado el tono de su apoyo retórico a los estados y movimientos revolucionarios de la región (86). En consecuencia, parecería que los soviéticos buscan coordinar su actuación en los campos económico y militar, e imprimir a ambos nueva orientación.

No se debe exagerar la coherencia de la actual actitud soviética, pues es posible que Gorbachov no cuente con la «gran estrategia» que acabamos de describir para lograr la seguridad militar y económica. Sin embargo, algunos elementos de este enfoque son obvios y difieren considerablemente de las políticas llevadas por los predecesores de Gorbachov. Vale la pena, por consiguiente, examinar qué entraña para los Estados Unidos la nueva orientación de Gorbachov.

LOS INTERESES DE SEGURIDAD DE LOS ESTADOS UNIDOS

Sin duda, sería irónico que la Unión Soviética escogiera el camino de la limitación unilateral en la esfera militar con el fin de fomentar todo su potencial económico, o sea, la vía que algunos norteamericanos recomiendan encarecidamente para su propio país (87). Moscú se decidiría por tal solución ante la falta de voluntad que muestran los Estados Unidos para acordar la reducción bilateral de armamento. De este modo, mientras el último país malgastara sus recursos en el proyecto de «Guerra de las Galaxias» —que resulta irrealizable— a expensas de la competitividad

(84) GORBACHOV (nota 3), págs. 134 y 135.

(85) HOUGH, Jerry F., *Attack on protectionism in the Soviet Union? A Comment* («¿Ataque contra el proteccionismo en la Unión Soviética? Un Comentario»), «International Organization», Vol. 40, núm. 2, (Primavera de 1986), págs. 489 a 503.

(86) CALDWELL, Lawrence, «XXVII CPSU Congress: The Security Dimension» (El XXVII Congreso del PCUS: El aspecto de la seguridad), «East-West Outlook», Vol. 9, núm. 3 (Mayo de 1986).

(87) ROSECRANCE, Richard, *The Rise of the Trading State* («La aparición del estado comercial»), (New York: «Basic Books», 1986); SCHWENNINGER, Sherle R. y SANDERS, Jerry W., *Los demócratas y una nueva gran estrategia*, «World Policy Journal», Vol. 3, núm. 3 (Verano de 1986), págs. 369 a 418.

industrial y del nivel de vida de los ciudadanos, la Unión Soviética pondría en práctica una definición más amplia de la seguridad, aquella que depende de la fortaleza de la economía y de la gestión acertada de la política exterior.

Desde luego, todo ello aumenta las probabilidades de éxito para la tercera opción de Gorbachov, si finalmente se decide por ella. El líder soviético se enfrenta con muchos obstáculos, tanto en su país como en el extranjero. Las provocaciones de los EE.UU. podrían causar el aumento de la oposición interna a su política. Las presiones de que es objeto para incrementar de inmediato el presupuesto militar podrían prevalecer sobre las posiciones racionales que buscan privilegiar la inversión a largo plazo destinada a fomentar los adelantos técnicos para fines civiles.

Es posible que Moscú adopte ciertas medidas de limitación de su poderío bélico hasta que asuma un nuevo Gobierno en los Estados Unidos; ello le permitiría dejar la puerta abierta a posibles negociaciones de ámbito general con el flamante Presidente. Sin embargo, hay razones que indican la apremiante necesidad de celebrar un tratado con los soviéticos antes de dicho momento. En primer lugar, es preciso tener en cuenta que la paciencia soviética tiene un límite, que no se puede predecir. La Unión Soviética podría tomar la decisión de ignorar las prohibiciones de los actuales tratados.

En razón de su naturaleza, el régimen soviético tiene la capacidad de militarizar sus recursos y, por tanto, aumentar con rapidez y eficacia considerables la amenaza atómica que representa para los Estados Unidos. En segundo lugar, puede que Washington ya no vuelva a encontrarse nunca en tan buena posición como la actual para celebrar un convenio de importancia trascendental. Podría ocurrir que, al llegar los años noventa, los Estados Unidos ya hubiesen gastado miles de millones de dólares para demostrar al mundo que, en realidad, el dispositivo de defensa espacial no es viable. Asimismo deberían ser patentes, para entonces, las consecuencias económicas terriblemente desfavorables, tanto a nivel nacional como internacional, de las descomunales inversiones bélicas decididas por Reagan. Si, por el contrario, los soviéticos mantuviesen los gastos militares a niveles moderados, podrían ver fortalecida su posición negociadora y, con el tiempo, Gorbachov podría retirar muchas de las concesiones que ofreció en Enero de 1986.

Por tanto, lo que más beneficiaría a los intereses norteamericanos en materia de seguridad sería la firma, en el futuro próximo, de un tratado que estipulase la limitación mutua de los proyectos bélicos de los Estados Unidos y de la Unión Soviética. El mismo debería incluir el objetivo que los norteamericanos han defendido durante decenios: la prohibición general de los ensayos atómicos. Asimismo, dicho arreglo reforzaría los tratados actuales y aclararía el lenguaje que en ellos se utiliza, lenguaje que ha alentado a Moscú a sacar provecho de las ambigüedades, y a Washington, a acusar a los soviéticos de incumplimiento; evitaría la extensión de la carrera de armamentos al espacio exterior y restringiría la I.D.E.; permitiría retirar las armas atómicas de Europa y fomentaría su substitución por dispositivos de defensa sin naturaleza provocativa; supondría la reducción de las armas ordinarias y de las atómicas, y la supresión de las armas químicas; y, finalmente, impondría limitaciones al empleo de las fuerzas

militares soviéticas y norteamericanas para intervenir en los países del Tercer Mundo.

No está claro que todos los objetivos mencionados sean deseables; es inevitable que surjan desacuerdos acerca del carácter urgente de los mismos, pero de hecho, existen argumentos convincentes a favor de cada uno de ellos. La prohibición global de los ensayos ha sido respaldada durante mucho tiempo por ser considerada el primer paso hacia el desarme. Evitaría la creación tanto de armas atómicas de bajo rendimiento (que están a medio camino entre las armas ordinarias y las atómicas, y que podrían facilitar la extensión de la guerra clásica a la atómica) como de nuevas armas de la llamada «tercera generación», por ejemplo, el láser por bombardeo de partículas atómicas. Los argumentos en contra de la «Guerra de las Galaxias» son muchos. Quizás el más persuasivo es el que se centra en el período de transición entre un mundo dominado por la ofensiva a un mundo dominado por la defensa, un período que, según han admitido incluso funcionarios del Gobierno de Reagan, estaría lleno de incertidumbre y peligro. El desarme bilateral gradual plantearía menos riesgos y, al contrario que la «Guerra de las Galaxias», podría permitir el tan necesario traslado de los recursos desde la esfera militar a la del desarrollo económico y social, factores esenciales en la cuestión de la seguridad. Por último, las propuestas más sólidas para aumentar la seguridad mediante el desarme se han centrado en la reducción de los riesgos de intervención de las superpotencias, de la guerra clásica, y de la extensión nuclear, objetivos todos ellos que podrían conseguirse con las medidas enumeradas (88).

Desafortunadamente, ninguno de estos objetivos parece estar en los propósitos oficiales norteamericanos sobre control de armamento. Han sido excluidos gracias a la combinación de la intransigencia del Gobierno de Reagan y de la misma naturaleza del debate sobre control de armamento. La única propuesta oficial que aspira al aumento de la seguridad mediante reducciones comunes de las fuerzas militares es la que presentó Mijail Gorbachov en enero de 1986. Como ha señalado Raymond Garthoff, antiguo negociador estadounidense en materia de armamento, la propuesta soviética «ofrece un camino más directo hacia un mundo libre de fuerzas atómicas que el plan del presidente Reagan consistente en alcanzar este objetivo mediante el emplazamiento de defensas estratégicas.» (89) En muchos aspectos, el plan de Gorbachov es un «convenio lleno de propuestas e ideas norteamericanas», indicó Paul Warnke, antiguo director de la Agencia de Desarme y Control de Armamento de los Estados Unidos (90). Sin embargo, la propuesta soviética no ha recibido demasiada atención de los Estados Unidos.

En cambio, el Gobierno de Reagan ha manipulado cínicamente las negociaciones EE.UU.-U.R.S.S. sobre armamento, principalmente con el fin

(88) FORSBERG, Randall, *Limitar el Ejército a las Cuestiones de Defensa: un Camino hacia el Desarme*, «World Policy Journal», Vol. 1, núm. 2 (invierno de 1984). Véase también su «Restricciones Paralelas de las fuerzas ordinarias y atómicas», «Bulletin of the Atomic Scientists», Vol. 41, núm. 7 (agosto de 1985), págs. 152 a 156.

(89) GARTHOFF, Raymond L., «La Propuesta de Gorbachov y las Perspectivas para el Control de Armamento», «Arms Control Today», Vol. 16, núm. 1 (Enero y Febrero de 1986), págs. 4 a 6.

(90) Citado en «Nuclear Times» (Mayo y Junio de 1986), pág. 32.

de persuadir a que se invierta en armas dudosas al Congreso, que suele oponerse a ello. Esta es, en esencia, la versión para consumo interno de la exitosa utilización que hizo el Gobierno de Reagan de las negociaciones sobre la cuestión de los cohetes en Europa con el fin de convencer a los gobiernos escépticos y a la opinión pública, que se resistía al necesario emplazamiento de nuevos cohetes Pershing II y de crucero antes de 1983. Las conversaciones sobre control de armamento son, ahora más que nunca, el medio de garantizar el emplazamiento de nuevas armas (91). A pesar de las últimas propuestas soviéticas, la postura norteamericana con respecto a las negociaciones no ha cambiado. Durante el análisis de una serie de conversaciones soviético-norteamericanas, por ejemplo, funcionarios del Gobierno de Reagan expresaron sus «esperanzas en que el hecho que la celebración de conversaciones frenaría las gestiones del Congreso a favor del control de armamento, gestiones a las que se opone el Gobierno.» (92) Asimismo, el presidente Reagan advirtió recientemente al Congreso que sus esfuerzos para reducir las inversiones destinadas a la I.D.E. y para imponer otras restricciones a los proyectos militares norteamericanos haría disminuir las probabilidades de que se llegara a un convenio sobre control de armamento (93).

La Casa Blanca ha dominado tanto el debate sobre control de armamento que la opinión pública no pudo adquirir consciencia de la importancia de las concesiones soviéticas y de cuánto está en juego por el hecho de despreciarlas. La Prensa también ha menospreciado las propuestas de Gorbachov, adoptando esencialmente la postura de Reagan. Pero es preciso darse cuenta de lo lejos que ha llegado Gorbachov. En 1982, Haig, entonces Ministro de Asuntos Exteriores, pensaba que los soviéticos nunca aceptarían la «Opción cero», ya que la juzgaban una operación propagandística norteamericana. Ahora la han aceptado. Incluso en 1985, un astuto observador de las negociaciones soviético-norteamericanas sobre armamento manifestaba que los soviéticos no aceptarían grandes reducciones de sus cohetes a cambio de restringir las investigaciones del proyecto de la «Guerra de las Galaxias» a menos que «fueran estúpidos»: «Los rusos no abandonarán un dispositivo de defensa ordinaria factible a cambio de la promesa de frenar un programa de investigaciones.» (94) Sin embargo, ahora han llegado todavía más lejos, al ofrecer reducciones importantes de sus fuerzas de cohetes a cambio simplemente de que los Estados Unidos prometan atenerse a los tratados internacionales y no abandonar el ABM durante un período de 10 a 15 años. Respecto a este punto también algunos periodistas han falseado la postura soviética dando a entender que los Estados Unidos harían una concesión muy grande sólo con respetar el tratado firmado. Un periodista ha indicado, por ejemplo, que en las actuales condiciones del tratado ABM «cualquiera de las partes puede

(91) TALBOTT (nota 62).

(92) GORDON, Michael R., «Los Estados Unidos buscarán una respuesta a la cuestión del armamento en las conversaciones de Moscú», «New York Times», 8 agosto de 1986.

(93) GETZ, Bill y O'LEARY, Jeremiah, «Las restricciones en la defensa del país van demasiado lejos», «Washington Times», 18 agosto de 1986.

(94) SCHILLING, Warner en *Newsweek*, 21 enero de 1985, citado en el «Arms Control Reporter», pág. 575.C.1.

retirarse notificándolo con sólo seis meses de antelación»; el periodista olvidó mencionar que esta estipulación sólo es aplicable si la parte interesada «determina qué sucesos extraordinarios relacionados con el contenido del Tratado han puesto en peligro sus supremos intereses.» (95) La perspectiva incierta de contar con defensas estratégicas seguras en el futuro lejano no parece concordar con esta estipulación.

En general, la Prensa se ha adherido a la postura de Reagan en lo que parece la búsqueda de evitar que se tenga en consideración los verdaderos intereses de seguridad norteamericanos. Cuando el Gobierno hace «concesiones», como aumentar el límite en el número de ojivas estratégicas o revocar su decisión de propugnar la prohibición de los cohetes móviles, los medios de difusión califican tales actos de importantes signos de flexibilidad. Aun así, ¿cómo podría la seguridad norteamericana beneficiarse de un tratado que reduce las restricciones de las armas ofensivas soviéticas y significa una nueva etapa de competencia en el área de las armas defensivas?

El debate sobre qué tipo de tratado beneficiaría en mayor medida a la seguridad de los EE.UU. se ha visto también obstaculizado a resultas, irónicamente, de las «concesiones» soviéticas. Los méritos de la I.D.E. por ejemplo, ya no están sometidos a discusión general. Si los soviéticos aceptan simplemente aplazar la «Guerra de las Galaxias» unos pocos años, tal como propone Reagan, la I.D.E. será en el decenio de los noventa lo que el Trident D-5 y el MX eran en el de los ochenta: armas sujetas al control de armamento. El proyecto militar más caro y polémico de la historia de la humanidad se ha convertido, de este modo, en una cuestión de «cuándo utilizarlo» en lugar de ser una mera posibilidad. Y lo mismo ha sucedido con el resto de los proyectos de armamento del Gobierno norteamericano. Hace sólo unos pocos años, el emplazamiento de cohetes de crucero en buques y submarinos, en versiones ordinarias y atómicas imposibles de distinguir y verificar, era generalmente considerado perjudicial para la seguridad norteamericana. Ahora que la presión del Gobierno de Reagan ha hecho que los soviéticos consientan a ello como parte de un futuro tratado sobre armamento, ya nadie piensa que tales armas son discutibles. Lo mismo ocurre con el cohete móvil Midgetman. El Midgetman fue ideado para soportar el primer ataque de cohetes soviéticos terrestres provistos de ojivas múltiples, aunque nunca se aclaró por qué las nuevas armas se consideraban necesarias cuando los Estados Unidos contaban ya con unas 5.000 cabezas nucleares emplazados en submarinos prácticamente invulnerables. La decisión del Gobierno de Reagan de no limitar las armas móviles, como el Midgetman, en su propuesta de control de armamentos ha reforzado la suposición de que es preciso proceder a la fabricación de las mismas. Sin embargo, parece que algunos observadores se han dado cuenta que las propuestas de desarme soviéticas en realidad podrían (aplicando

(95) GELB, Leslie H., «Reagan seguirá insistiendo en la prueba de la Guerra de las Galaxias», «New York Times», 24 julio de 1986. El texto del tratado fue publicado en «Arms Control and Disarmament Agreements» («Acuerdos sobre control de armamento y desarme») por la Dirección de Control de Armamento y Desarme de los Estados Unidos (Washington, DC: US Government Printing Office, 1980), págs. 139 a 147.

grandes reducciones del número de cohetes terrestres) eliminar la amenaza que se suponía que el Midgetman iba a suprimir.

Es difícil de creer que la mayoría de expertos hayan tomado en serio las propuestas sobre armamento norteamericanas. Pensemos, por ejemplo, en la oferta de Reagan de no romper el tratado ABM durante siete años y medio a cambio de que los soviéticos estén de acuerdo en aceptar el programa de la «Guerra de las Galaxias» a continuación. Ninguna valoración sincera del estado de la técnica de dicha rama podría prever el emplazamiento seguro del dispositivo defensivo en ese período de tiempo. Aunque el Gobierno de Reagan ofreció a los soviéticos menos que nada, algunos periodistas lo llamaron «el comienzo de un proceso de negociaciones en serio». (96)

Las negociaciones realmente serias han sido las que han tenido lugar entre Gorbachov y el Congreso de los Estados Unidos. Afortunadamente, el Congreso ha comenzado a actuar en lugar del Gobierno para tratar de conseguir objetivos norteamericanos en materia del control de armamento tan antiguos como la prohibición global de los ensayos atómicos y la prohibición de las armas antisatélites. Cuando la Unión Soviética invitó a un equipo de científicos norteamericanos a instalar equipos de vigilancia sísmica en su territorio, la sabia respuesta del Congreso fue restringir los ensayos atómicos y ordenar que se continuara actuando de acuerdo con los tratados ABM y SALT II. Seguramente, estos esfuerzos del Congreso alentaron a su vez a Gorbachov a prorrogar la moratoria unilateral de los ensayos después del 6 de agosto de 1986, fecha en que debía expirar. Muchos parlamentarios estarían dispuestos a continuar frenando los proyectos militares norteamericanos, velando por la observancia de las restricciones, mientras que Moscú practicara restricciones análogas. El objetivo fundamental sería celebrar un tratado formal sobre control de armamento que diera a estas restricciones carácter obligatorio y permanente, incluso si el tratado tuviera que negociarse con el sucesor de Reagan.

Por el momento, parece que los límites sobre armamento dependen de una especie de colaboración tácita entre Moscú y el Congreso de los Estados Unidos. Los soviéticos deben estar dispuestos a mantener sus moratorias unilaterales (por ejemplo, con respecto a las pruebas de ojivas atómicas y de armas antisatélite, y al emplazamiento de los cohetes SS-20) y los legisladores norteamericanos deben estar dispuestos a oponer resistencia cuando el Gobierno les exiga aumentar el volumen del armamento y el número de ensayos atómicos. Esta situación lleva a dos conclusiones paradójicas. La primera es que la mejor manera que tiene el Gobierno de Reagan de consolidar su proyecto de «Guerra de las Galaxias» puede ser asegurar un tratado soviético-norteamericano sobre control de armamento que conlleve el perfeccionamiento de las defensas estratégicas. La segunda conclusión es que la mejor manera de conseguir el control de armamento sería la negativa de Moscú a firmar dicho tratado, junto con la continuación de la restricción soviética de sus programas militares y una postura enérgica del Congreso para restringir los proyectos norteamericanos análogos.

(96) GELB, Leslie H., «Avances cautos en la cuestión del control de armamento», «New York Times», 27 de julio de 1986.

Esta parece una forma inusual y quizás arriesgada de analizar la cuestión del control de armamento. Las restricciones dependerían, en gran medida, del sentido común de Gorbachov, que el Gobierno y, en consecuencia, los medios de difusión calificarían de intransigencia. El Congreso tomaría decisiones sensatas para frustrar los proyectos perjudiciales para la seguridad norteamericana, pero sería ridiculizado por obstaculizar la «postura negociadora» del Gobierno. De todas maneras, teniendo en cuenta la incapacidad y la falta de inclinación del Gobierno de Reagan para celebrar un tratado fundamental en materia de limitación de armamento, la restricción mútua tácita sigue siendo el obstáculo más eficaz para que la carrera de armamento se realice sin freno alguno.